

La Ilustración



Artística

AÑO XVI

BARCELONA 1.º DE NOVIEMBRE DE 1897

Núm. 827



EN EL PALACIO BARBERINI DE ROMA, cuadro de J. Gallegos

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Reyes forasteros y costumbres nacionales*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*, por Antonio Rubinstein. — *Alberto Aguilera y Velasco*, actual gobernador civil de Madrid. — *Dar de comer al hambriento*, cuadro de Leghe Suthers. — *En el Transvaal. El paso de un vado*. — *El presidente Kruger viajando con su escolta*. — *Grupo de boers ejercitándose en el manejo del rifle*. — *Campanas de la catedral de San Pedro en Pietermaritzburgo*. — *Las cuatro estaciones*, dibujo de Alejandro de Riquer. — *El célebre pintor inglés Sir John Gilbert*. — *Mr. Gladstone en Birnam*, último retrato del ilustre estadista inglés. — *Jesucristo curando al paralítico*, cuadro de Eduardo de Gebhardt. — *Buenos Aires. Manifestación de duelo que el pueblo argentino tributó a España con motivo de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo*. — *D. Juan Lindolfo Cuevas*, nuevo presidente de la República del Uruguay. — *Fotografías de efluvios digitales*.

Grabados.—*En el palacio Barberini de Roma*, cuadro de J. Gallegos. — *Excmo. Sr. D. Alberto Aguilera y Velasco*, actual gobernador civil de Madrid. — *Dar de comer al hambriento*, cuadro de Leghe Suthers. — *En el Transvaal. El paso de un vado*. — *El presidente Kruger viajando con su escolta*. — *Grupo de boers ejercitándose en el manejo del rifle*. — *Campanas de la catedral de San Pedro en Pietermaritzburgo*. — *Las cuatro estaciones*, dibujo de Alejandro de Riquer. — *El célebre pintor inglés Sir John Gilbert*. — *Mr. Gladstone en Birnam*, último retrato del ilustre estadista inglés. — *Jesucristo curando al paralítico*, cuadro de Eduardo de Gebhardt. — *Buenos Aires. Manifestación de duelo que el pueblo argentino tributó a España con motivo de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo*. — *D. Juan Lindolfo Cuevas*, nuevo presidente de la República del Uruguay. — *Fotografías de efluvios digitales*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REYES FORASTEROS Y COSTUMBRES NACIONALES

El exotismo (si se permite el retruécano) es exótico en España. Planta aclimatada en el terruño del bulvar parisiense, no medra en nuestro suelo, ni la favorece nuestro ambiente, ni le tomamos gusto aquí. La venida de los aschantis y del rey de Siam parece contradecir mi aserto, pero lo confirma. Todos los síntomas del movimiento que produjo la llegada de estos turistas de color obscuro, son de curiosidad y risa, ninguno de verdadero interés, de interés humano, filosófico y caritativo. Entre las muchas é ingeniosas chirigotas que estos días dedica la prensa á nuestros ahumados y cobrizos huéspedes, he buscado sin encontrarlo el rastro de una disertación, de un estudio algo serio sobre el lugar que ocupan en el mundo y en la escala del reino hominal los siameses y los aschantis. Nos hemos divertido en grande con los muñecos procedentes del Africa y de la Indo-China, sin averiguar si son algo más que muñecos, y si bajo su piel atezada ó amarillenta hay algo que se parezca á nuestra alma... Pasan ante nosotros como vivientes enigmas esas sombrías siluetas, y la mirada que en ellas fijamos no se diferencia poco ni mucho de la que consagrariamos al ara ó al papagayo de lindo plumaje, salvo que el papagayo es bonito y los aschantis muy feos, ¡feos como el coco!

En mi niñez me amenazaban, para corregirme, con un negrazo que pedía limosna por las calles de mi pueblo, y á quien el vulgo había otorgado patente de hidalguía colgándole un *don* como una casa: llamábanle *D. Alejos* grandes y chicos. Era inofensivo el pobre moreno, pero eso sólo lo comprendimos después los chiquillos de entonces; y cuando nos decían «que venía» el negro, nos echábamos á temblar. La idea mixta que me ha quedado de aquel *D. Alejos*, primero objeto de terror, después objeto de compasión risueña, resurge en mi mente estos días á causa del rey de Siam. Este personaje de abanico que se ha sentado en un palco al lado de la reina regente, de gran uniforme, cruzado el pecho por bandas, estrellado de condecoraciones, correcto, grave, diplomático; este señor á quien le presentan las damas de la corte y á quien se recibe á los acordes de un himno, á quien tratan de *Majestad* los cortesanos europeos, ante quien presenta armas la tropa, ¿es un rey efectivo, ó es un monigote de tabor, un *samuray* descendido de algún cacharro de porcelana y despojado de sus atavíos pintorescos y estrambóticos, para adoptar el disfraz de la civilización y venir á embromarnos?

Las versiones que corren acerca de la persona de Chulalong no sacan de dudas á nadie. Mientras unos afirman que es sujeto que recibió en Inglaterra educación escogidísima y nos le representan poco menos que como á un Pedro el Grande de Siam, empeñado en transportar á sus reinos la cultura, el adelanto y las luces de Europa, otros describen el descomunal serrallo, las prehistóricas Amazonas y las románticas degollaciones por leve sombra de celos, con cabezas presentadas en bandejas — el aparato de la corte de un tetrarca, en el siglo en que reinaba Augusto. — ¿Cuál de estas dos imágenes es verdadera y fiel trasunto del viajero siamés? Me inclino á creer que la segunda. Nuestro planeta está todavía muy lejos, muy lejos de tener medianamente civilizada una mínima parte de su superficie. La barbarie sumerge y señorea

el resto; la barbarie es aún hoy el estado normal. Estos reyes que salen de su casa resueltos á transformar un país, no ven que la transformación tiene que empezar por arriba, por ellos mismos, en primer término. No me convencerán á mí de que el siamés puede hacer obra civilizadora, si antes no licencia su ejército de víctimas y de *soldadas*, si no deja salir de su palacio á ese millar de hombres que le guardan noche y día, como la cohorte oculta en los subterráneos del castillo de Herodes. No puede ser civilizador, por lo menos en la acepción que los europeos atribuimos á esta palabra, quien tiene cuatro mil esposas ó esclavas (viene á ser lo mismo para el caso) y reúne á los treinta años varias docenas de hijos. Se me dirá que esas son las costumbres de allá, la tradición, el inveterado uso. Yo respondo que tales usos y tradiciones son absolutamente incompatibles con la civilización moderna, y que el rey de Siam haría mejor en vivir como sus antepasados y en no pretender vestirse de máscara y fundar en su patria un carnaval perpetuo.

Llevarán á Bangkok, de nuestros adelantos, lo externo, la cáscara, lo que se ve con los ojos; los medios de locomoción especialmente: caminos de hierro, vapores, tranvías eléctricos, bicicletas, automóviles; llevarán también las máquinas de oír y hablar pronto, telégrafos y teléfonos, y esa caricatura del sonido que se denomina fonógrafo. Igualmente se asimilarán los trastos de matar aprisa y mucho: fusiles Mauser, cañones de tiro rápido, grandes torres de combate para los recios acorazados, torpederos y caza-torpederos, explosivos de los más devastadores. Acaso acepten (esto ya no me parece tan seguro) los métodos de nuestro arte de curar, la antisepsia, los anestésicos. Digo que esto no me parece tan seguro, porque la vida humana tiene poco valor en esas naciones de Oriente, donde la raza es prolífica, insensible al dolor, indiferente á la muerte, y donde un reo de pena capital encuentra por dinero quien se preste á sustituirle, como aquí se encuentran para el servicio militar sustitutos.

Mas ¿qué importa, en realidad, la adopción de estos adelantos, si no se modifica la organización social, si no se cultiva á proporción la inteligencia, la moralidad, la justicia, el derecho? Ir más de prisa ó más despacio, es una ventaja relativa: si todos disfrutan del tren, no he de viajar yo en galera; conve-nido; pero si suponemos que no hay trenes para nadie, las condiciones se igualan, y vamos en galera ó en palanquín ó á pie tan ricamente. Lo que en absoluto puede llamarse desdicha é iniquidad, es la situación de cuatro mil seres humanos secuestrados por el capricho de uno solo, condenados á cautiverio y á soltería ó viudez perpetua, y no al resignado, voluntario y á menudo feliz celibato de los conventos, sino á la rabiosa soltería de los harenes, donde todo es envidia, chisme, delación, sospecha, tedio y desesperación. Una señora que ha viajado por esos países semifantásticos de la Indo-China y Persia, afirma que las reclusas de los harenes viven contentas con su suerte, entregadas á juegos infantiles, á cultivar la golosina y la vanidad más fútil, rascando guitarrillos ó aporreando pianos — el piano ya ha llegado hasta allí, — tomando sorbetes y atracándose de dulces, mirándose al espejo y pintándose las uñas. Acaso sea verdad, y la mayoría de las encerradas del rey de Siam no conciban otro destino más venturoso. Cuéntase que cierta mujer árabe, al servicio de un cónsul inglés, hubo de embarcarse para Inglaterra, y fué interrogada por sus compatriotas, al regresar, acerca de las magnificencias y grandezas de la nación que había recorrido. Ella alabó á su manera, con encomiásticas frases, los caminos, los coches, los trenes, las casas, la riqueza y magnitud de las ciudades, la fertilidad y esmerado cultivo de las campiñas, y en suma, hizo de Inglaterra cumplido panegírico. Envidiaban los que la oían la ventura de los ingleses; pero así que la mujer añadió que en Inglaterra no había encontrado ni una sola palmera para un remedio, á pesar de buscarla sin interrupción desde el día de su llegada hasta el de su salida, los árabes instantáneamente mudaron de parecer, y retractándose prorumpieron en exclamaciones de lástima hacia los infelices moradores de la Gran Bretaña, sentenciados á pasarse la vida sin comer dátiles. ¿Quién sabe si, en efecto, las encerradas de Bangkok no se compadecen de las europeas, bien como infinitas europeas se compadecen de las pobrecitas norteamericanas, condenadas á una libertad y una iniciativa superiores á las que aquí posee la mujer?

De todas suertes, la empresa del rey de Siam, puesto caso que en efecto este soberano sueñe en civilizar á su grey, no ha de negarse que es empresa peliaguda; y si el soberano no conoce que el primer obstáculo para esta civilización á la europea es su propia casa, el enjambre de sus bellas señoras, peor

que peor. Va á tener muchos disgustos el buen monarca, empezando por el de privarse totalmente de inocentes satisfacciones semejantes á aquella de marra, de la cabeza cortada. Que un rey de Siam no pueda ni descabezar á una hermosura, es el relajamiento del principio de autoridad y el desquiciamiento de las bases en que la sociedad reposa. Más le vale al caballero del blanco elefante sagrado seguir cortando en paz y en gracia de Buda las cabezas que se le antojen, y dejarse de monsergas civilizadoras, que á él le han de fastidiar, sin hacer felices á sus súbditos.

* * *

Y por el siamés ¿van á quedarse en el tintero los dos últimos amantes que quisieron morir juntos, con arreglo al último figurín de la pareja que les precedió ¿hará unos meses? Es preciso reconocerlo: acciones de este género, realizadas en forma tal, suspenden el juicio entre la reprobación explícita, la involuntaria ironía y la no menos involuntaria admiración hacia el valor salvaje que revelan, y que es lástima que se emplee tan mal, ahora que tenemos guerra por todas partes. Los escritores que han emprendido en Francia la glorificación y apoteosis de la energía, Taine, Stendhal, Mauricio Barrés, no en balde hicieron de Italia y de España sus comarcas favoritas. Lo que á Barrés enamora en España, es la violencia de sus sensaciones, la exasperación de todo su ser; lo que celebra del arte español, son las escenas de horror, las fúnebres y macabras imaginaciones de un Valdés Leal, las representaciones de sangre y martirio; lo que encuentra característico, el deleite que se goza en las corridas de toros. «España es el país más desenfrenado del mundo,» exclama en tono de profunda simpatía. Le recomiendo á mi amigo Barrés esta pareja, la de la calle de las Huertas: va á parecerle de perlas y oro, porque, no puede negarse, ha revelado una energía rayana en frenesí. El cálculo de vanidad, la aspiración á una especie de bastarda gloria póstuma que á no dudarlo presidió al doble crimen, no disminuyen, antes aumentan, la suma de energía necesaria para consumarlo. Obsérvese que estos amantes no se entregaron á la muerte, sino más bien obligaron á la muerte á que se les entregara. La violentaron, la retorcieron, se apoderaron de ella, no mirándola cara á cara, sino abrazándola con insana furia. En vez de elegir el carbón ó el veneno ó siquiera el revólver, medios semi-pasivos, apelaron á la terrible navaja nacional, aquella que en tiempos más altos sirvió para tomar cañones á la carrera. Y del primer navajazo, el hombre, iba á decir la fiera, partió el corazón á la mujer, la cual cayó sin proferir un grito; del segundo, buscó el hombre su propio corazón, y como sintiese que no lo encontraba, que no llegaba á él, dentro de la misma herida revolvió el arma sin sacarla, y esta vez el corazón quedó partido instantáneamente. No hubo agonía, no hubo quejidos, no hubo ni el más leve indicio que denunciase á los transeúntes que aquellos dos cuerpos humanos, extendidos el uno al lado del otro, eran dos cadáveres. Hermoso caso, ¿verdad Barrés? Stendhal diría del asesino y suicida de la calle de las Huertas: «Era todo un hombre.»

Y lo mismo puede decirse que era todo un jabalí; ambas tesis pueden defenderse con argumentos capciosos, con ejemplos y con racionios. Yo me inclino á admirar la energía, pero aplicada á nobles fines, á ejemplares acciones, á heroicos esfuerzos que nos eleven y nos infundan satisfacción y contento de pertenecer á la misma especie que el individuo enérgico que los ejecuta. Todas las cosas son buenas bien dispuestas y ordenadas, y en su lugar y ocasión.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Hay hombres que hacen grande la época en que viven, y hay épocas que engrandecen á un hombre: ejemplo de lo primero, Napoleón I; ejemplo de lo segundo, Napoleón III.

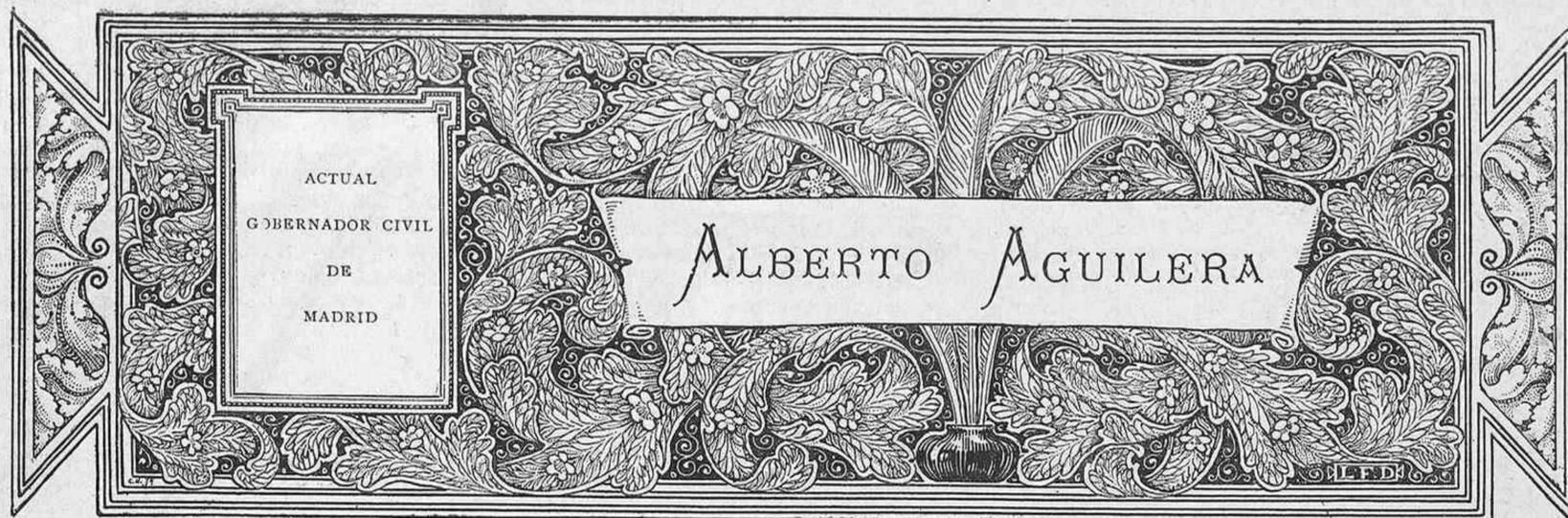
* * *

Hay para mí un placer mayor que el de poseer, y si deseo tener mucho es únicamente por el gusto de poder dar.

* * *

Mucho se habla hoy en día de la altura á que han llegado la instrucción y la ciencia. Ciertamente que la instrucción es en nuestros días más general que en los pasados tiempos; en cambio es muy cuestionable que sea más grande; así creo que, por ejemplo, nuestros actuales artistas, aun los mejores (pintores, escultores, poetas y arquitectos), no pueden compararse en punto á pluralidad de conocimientos con los del Renacimiento ó los del *Cinquecento*. Y no digo esto en tono de censura, pues la pluralidad no es una *conditio sine qua non* en la potencia creadora, sino únicamente desde el punto de vista de la historia del arte.

ANTONIO RUBINSTEIN



ALBERTO AGUILERA

No se parece á ninguno de los demás políticos españoles. Ni física ni moralmente.

Por su cuerpo nos recuerda á aquel gigante de los filisteos de que nos habla la narración bíblica. Entre cien, entre mil hombres la figura de Aguilera se destaca sin esfuerzo. Sobresale entre todos por su humanidad ancha y robusta, y se hace visible sobre las cabezas de la multitud por la insólita estatura y el aspecto del semblante verdaderamente autoritario.

Pero si es mucha la diferencia que hay entre este y otros de nuestros políticos por lo que se refiere á la materialidad de la economía (tomando esta palabra en su sentido modernista como conjunto de los aparatos orgánicos), es mayor la que existe en la parte moral.

Si no tuviéramos tan olvidados, por no decir poco aprendidos, los principios que informan la política moderna y que constituyen hoy la *vis medicatrix* para la gobernación de los pueblos, Aguilera sería de los llamados á ocupar, y no en lejana fecha, los más elevados puestos políticos.

Un antiguo proverbio de Bacon dice que más valen buenos hombres que buenas leyes. Procuremos ante todo conocer la moralidad de aquellos á quienes se entrega el régimen y la administración del país, indagemos su vida íntima, su conducta privada, analicemos atentamente su comportamiento como ciudadanos y llegaremos á prever lo que de ellos puede esperarse en la dirección de los negocios públicos.

Hora es ya de alejarnos de esa maligna tendencia que aún nos arrastra y que hace exclamar á Disraeli: «Ponemos mucha confianza en los sistemas y muy poco cuidado en los hombres.»

* * *

Realizada por Aguilera en cierta visita al ayuntamiento una importantísima aprehensión de millares de cajas de petróleo, le correspondieron como denunciador en el expediente administrativo *veintitrés mil duros*.

Era entonces ministro de la Gobernación, y encargó al alcalde de Madrid que distribuyese sus 23.000 duros en la forma siguiente: 10.000 pesetas á las casas de socorro; 2.500 al Hospital provincial; 2.500 á la Caja de previsión de accidentes del trabajo del Centro obrero; 2.500 al Asilo de la Santísima Trinidad; 5.000 á los empleados subalternos que habían cooperado á la denuncia; 10.000 entre otros establecimientos benéficos; 5.000 á la Biblioteca de la Academia de Jurisprudencia y el resto á la casa de Urquijo para las obras del Asilo de Santa Cristina.

Rasgos como este, llenos de desinterés y generosidad, no necesitan comentarios.

* * *

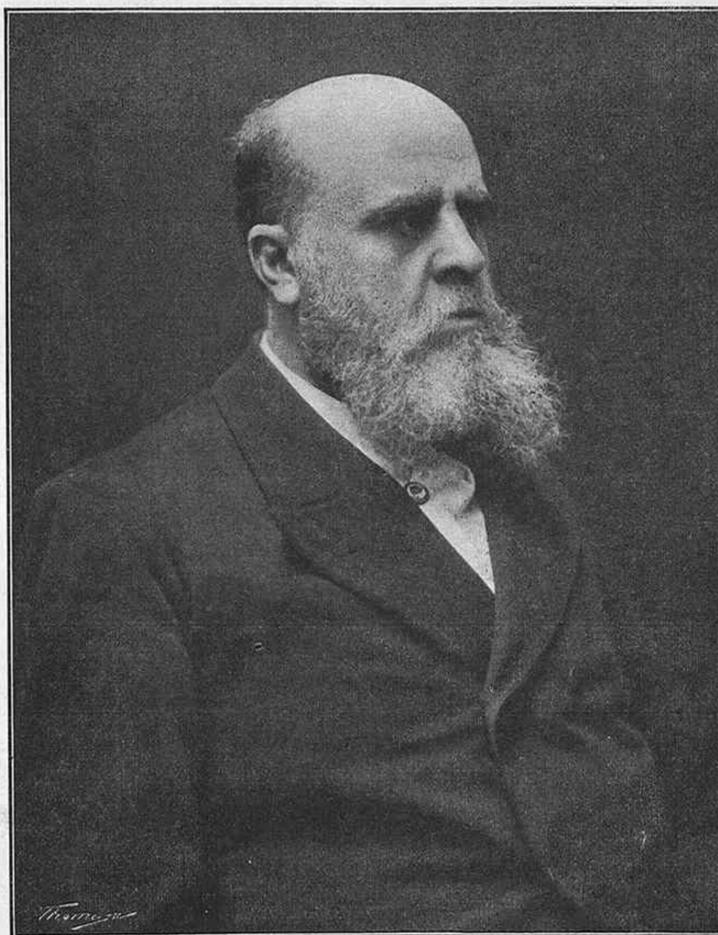
El mismo día en que llegaba á Cartagena el rey D. Amadeo, acompañado de la Comisión española presidida por Ruiz Zorrilla, se recibió en aquel puerto la triste nueva del fallecimiento del general Prim.

El vil asesinato de que fué víctima el ilustre caudillo produjo honda excitación en todas partes. El nuevo rey no pudo menos de ser partícipe de aquellos sentimientos, y los individuos de la Comisión tuvieron en tan críticos instantes justificados recelos.

Durante el viaje desde la ciudad de Asdrúbal á Madrid se hicieron esfuerzos para levantar el decaí-

do espíritu del pueblo, infundiéndole confianza en el reinado que se inauguraba y fe en el porvenir de la nación. A Echegaray le encargaron pronunciara en todas las estaciones del trayecto un corto discurso de tonos patrióticos; pero como la figura del duque de Aosta no era verdaderamente popular, no se lograba nunca el efecto deseado.

«La nómina y la curiosidad,» frase famosa escrita



Excmo. Sr. D. Alberto Aguilera y Velasco, gobernador civil de Madrid (de fotografía de Franzen)

con motivo de un célebre entierro, eran las que esperaban al rey, y no demostraban ningún interés ni entusiasmo.

Aguilera se hallaba en Alcázar de San Juan rodeado de una muchedumbre compacta. Al tener noticia de la aproximación del tren real, se dirige á todos con fuerte voz y les dirige un sentido panegírico del general Prim, que terminó de esta manera:

— Hijos míos, arrodillémonos y á rezar todos como buenos cristianos una oración por su alma.

Aquel pueblo religioso y profundamente católico hincó la rodilla en tierra y en medio de una solemnidad majestuosa recita el padre nuestro.

Entonces Aguilera, aprovechando el estado místico de las masas, provocado hábilmente y con tanta oportunidad, grita con sugestivo imperio: «¡Viva el rey D. Amadeo!» y este viva, contestado frenéticamente, se convierte en pocos minutos en ovación delirante indescriptible.

Los mismos que acompañaban al rey no se explicaron de pronto aquel triunfo de la causa amadeísta. Al ver á Aguilera no fué difícil, sin embargo, precisar quién era el autor de aquella prodigiosa escena.

El episodio se presta á científicas consideraciones sobre un problema de candente actualidad: la psicología de la *foule*.

Siendo Aguilera gobernador de Sevilla, se promovió un imponente motín después de una manifestación tumultuosa contra las quintas.

Desde la multitud exaltada partieron numerosos proyectiles, y uno de ellos hubo de dar á un carabiniero, que quedó gravemente herido. Al ver esto el capitán que mandaba la compañía, dió las voces preventivas de *preparen y apunten*; pero antes de que pronunciara la voz de *fuego*, lanzóse el gobernador delante de la tropa, alzó con su bastón los fusiles de los primeros soldados, dió órdenes á los demás, y dirigiéndose con frases enérgicas al oficial le increpó duramente por su temeraria disposición.

Al mismo tiempo, él solo, seguido de unos cuantos agentes, acometió á la muchedumbre y la hizo retroceder más de treinta metros en medio de los aplausos que le tributaban desde los balcones los espectadores de aquellos extraños sucesos.

Los mismos alborotadores, impresionados por aquel acto del gobernador que les había salvado de una muerte cierta, mostraron bien pronto su agradecimiento. Y aun después, á la corrección que se les dió, la calificaban en su pintoresco lenguaje de «palos paternales.»

* * *

Proyectábase un alzamiento en todas las provincias andaluzas, á cuyo frente había de ponerse el general Contreras.

Aguilera tuvo noticia de cuanto se tramaba, y puso en conocimiento del gobierno todo el plan revolucionario, indicándole que muy en breve, según sus noticias, debía de salir de Madrid el general Contreras y que era esperada su llegada en Cádiz para iniciarse el movimiento.

La detención del general á su paso por Sevilla, combinada con otras medidas, podía hacer fracasar la intentona; pero se trataba de un hombre meritísimo, popular en todo el ejército, de muy alta graduación en el mismo, y sobre todo, de un senador del reino, al que acompañaba por tanto la inmunidad parlamentaria.

Recibió Aguilera un telegrama cifrado de Córdoba dándole noticia de haber pasado por allí el general, del coche en que iba, del traje que llevaba y de sus compañeros de viaje. Inmediatamente llamó á un inspector de su absoluta confianza y le dijo:

— ¿Conoce usted al general Contreras?

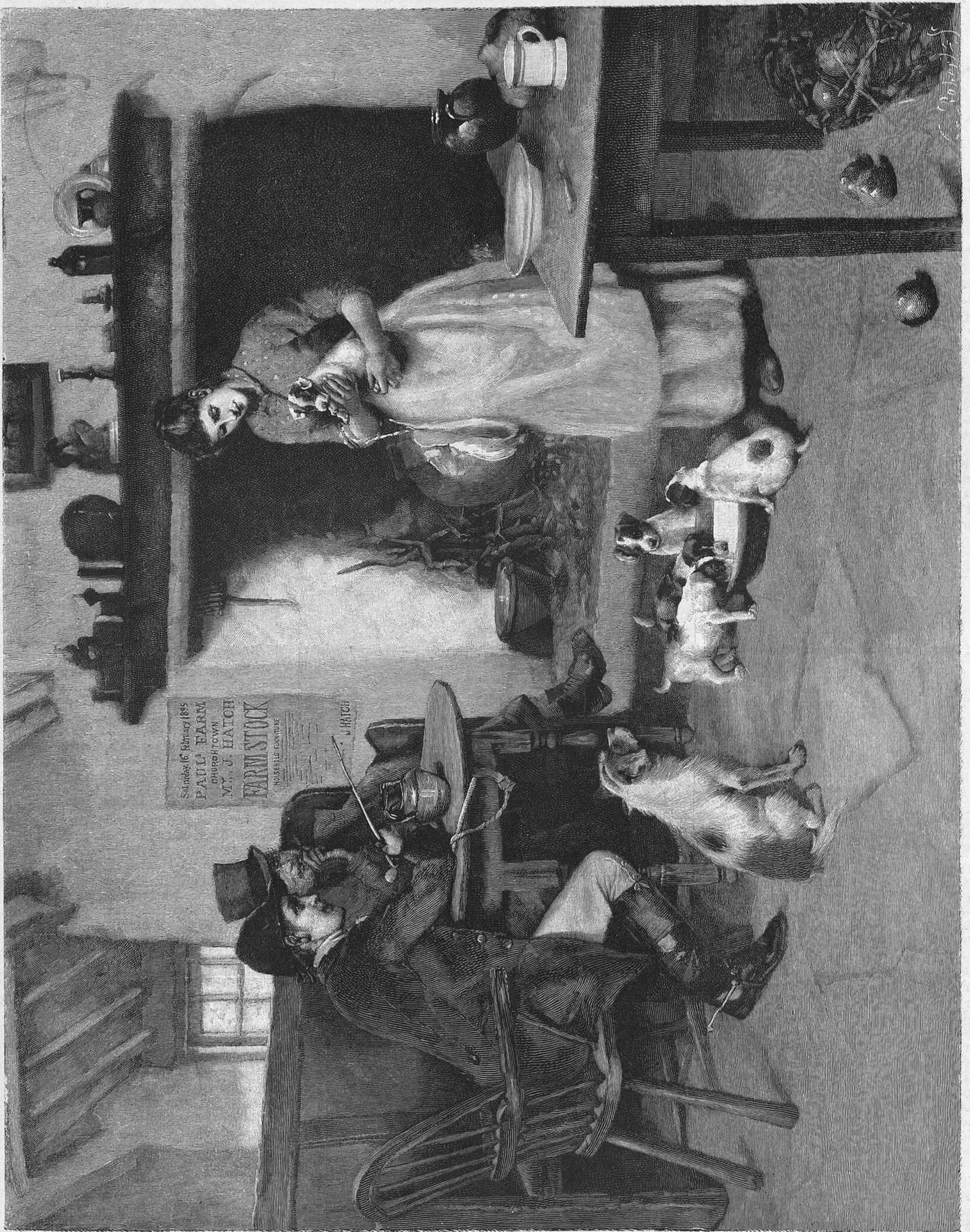
— Sí, señor.

— Bueno, pues viene en el tren correo, en un coche de segunda. Ocupa el cuarto lugar y trae un traje ordinario cuyos detalles tiene usted apuntados en esta nota. Cuando el tren se detenga, suba usted al carruaje y le invita á bajar de él; pero sin violencias y siempre guardando las formas más corteses. Después le acompaña usted en un coche hasta el gobierno civil.

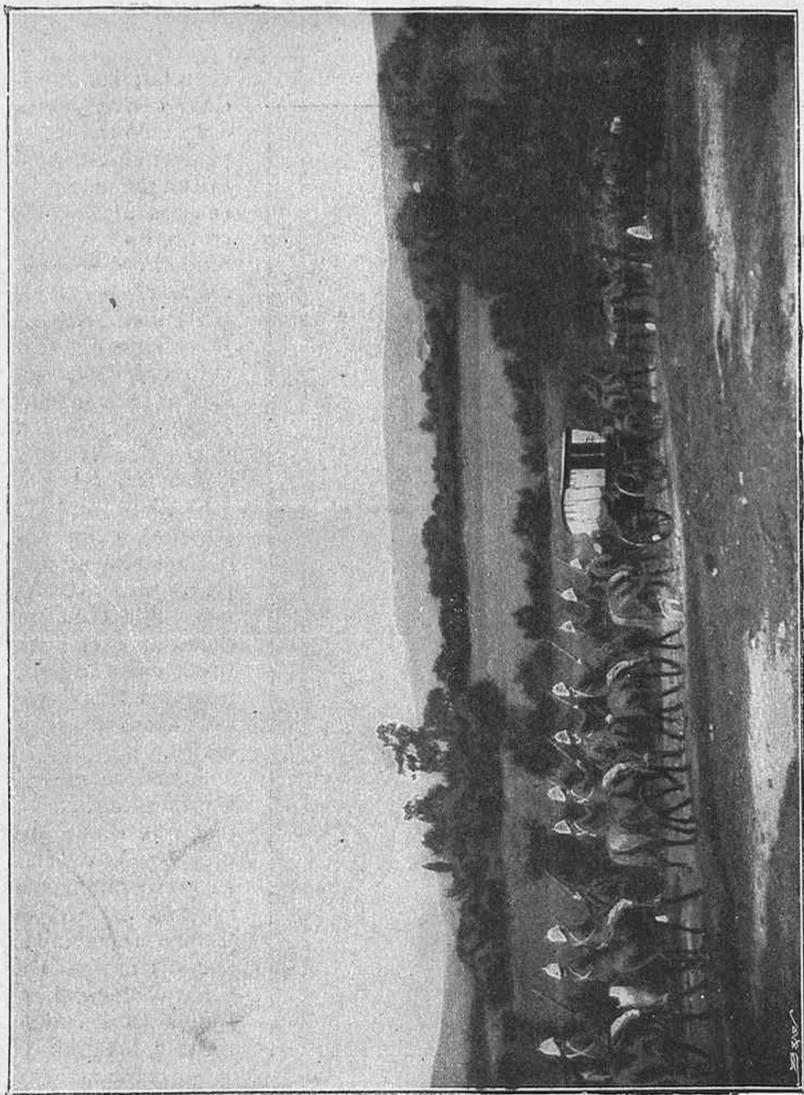
Va usted á contraer por ello gravísima responsabilidad, que yo haré mía en caso necesario. Si á usted le parece bien ejecuta la orden; en caso contrario, dígamelo con franqueza, porque sin resentimiento alguno de mi parte encomendaré á otro tan delicada misión.

— Mande usted lo que quiera, mi gobernador, que yo jamás discuto ni discutiré sus órdenes.

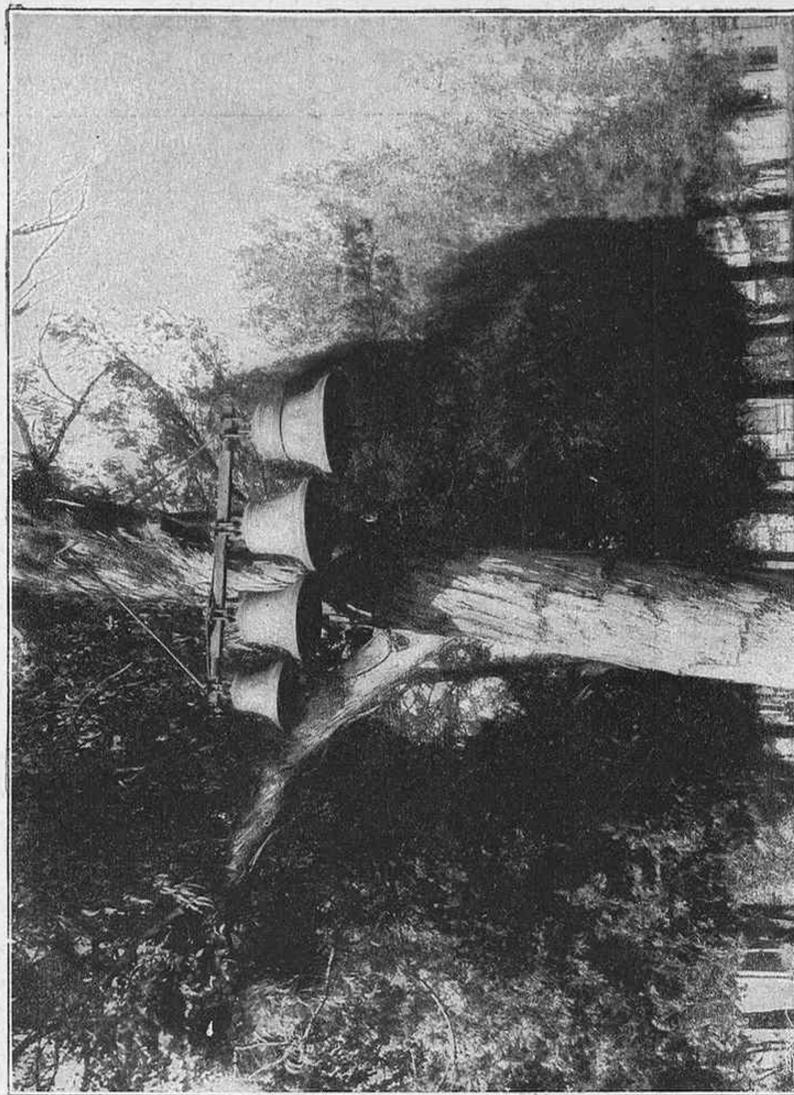
— Gracias, así lo esperaba; pero ahora, fíjese mucho en lo que va á hacer. Usted no conoce para el efecto de la detención á Contreras; á quien va usted



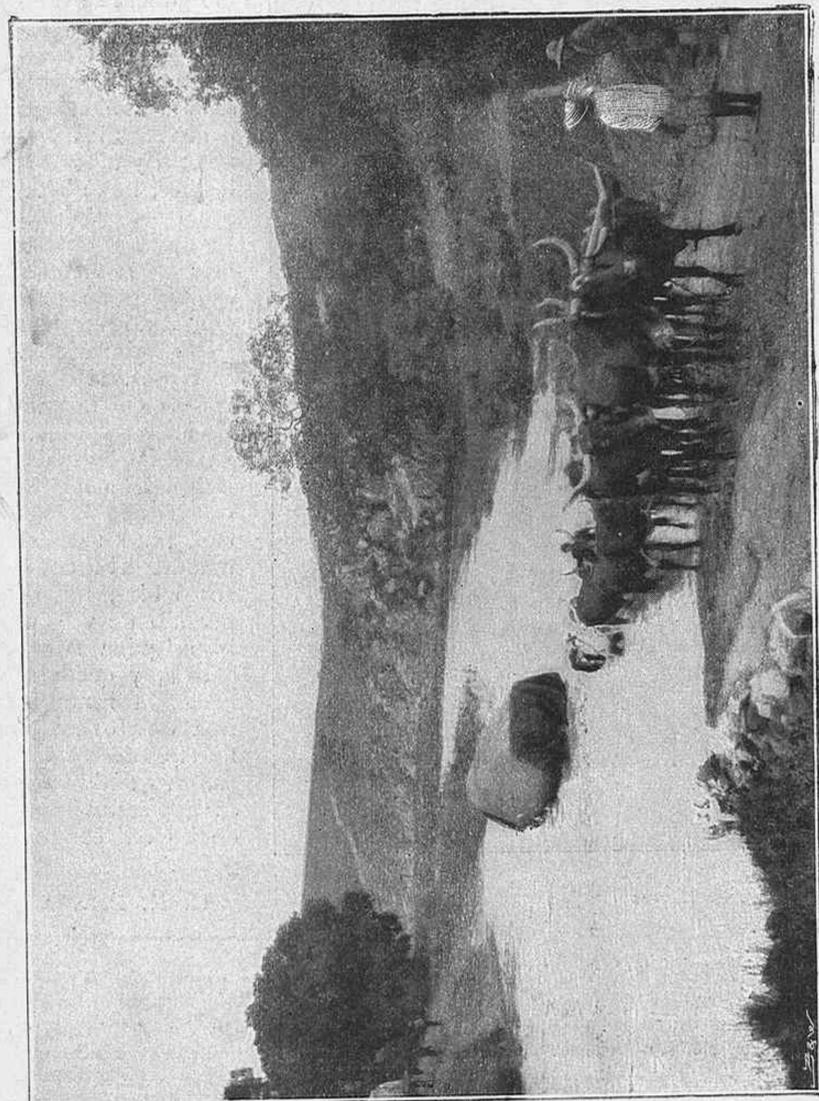
DAR DE COMER AL HAMBRIENTO, cuadro de Leghe Suthers



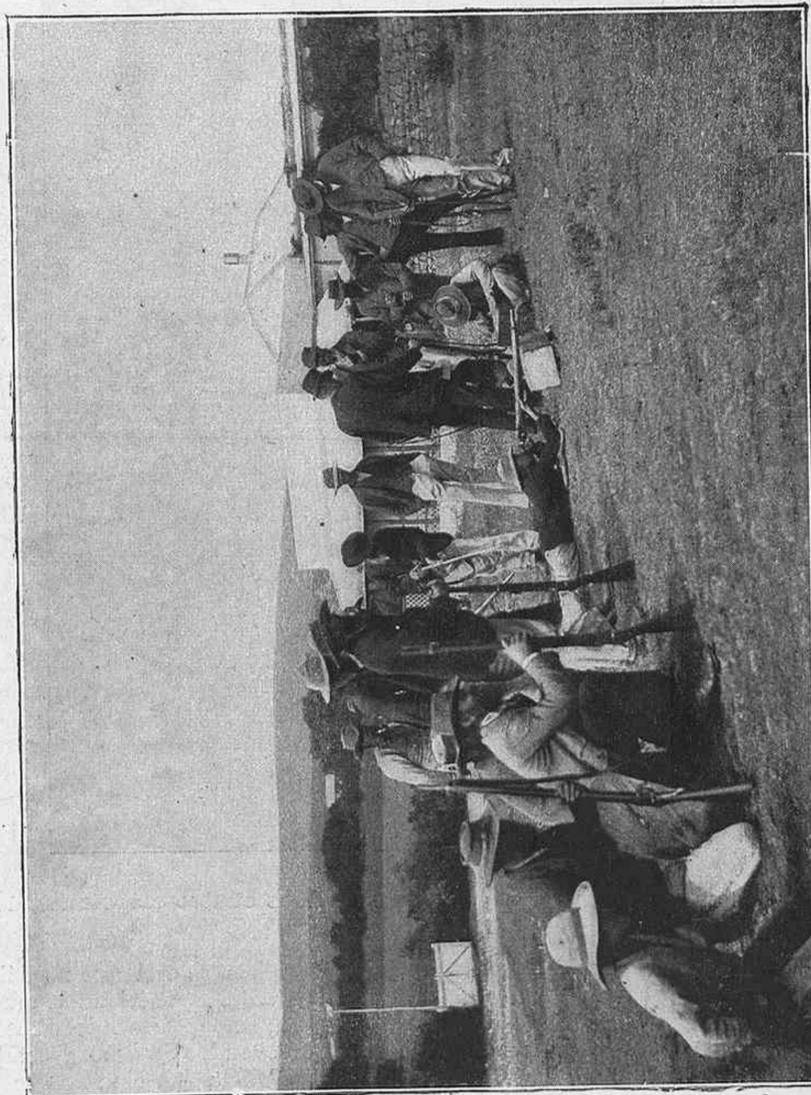
El presidente Kruger viajando con su escolta



Campanas de la catedral de San Pedro en Pietermaritzburgo



El paso de un vado



Grupo de boers ejercitándose en el manejo del rifle

EN EL TRANSVAAL (fotografías de F. H. Biddell)

á detener es al brigadier Veco, y aunque aquél jure y perjure y trate de justificar su persona, usted persiste en su error, y tenaz en él, me lo trae hasta aquí.

— Está bien, mi gobernador. Comprendido.

— Aquí le espero.

Las cosas ocurrieron como se habían previsto.

Hubo las protestas consiguientes formuladas con energía propia de personalidad de temple tan varonil. Contreras afirmaba que no era Veco, pero cuidadosamente rehúsa darse á conocer, y cuando ya apremiado por las circunstancias tuvo que decir cómo se llamaba pronunciando su verdadero nombre é invocando su cualidad de senador, el tren partía.

Entonces Contreras, dirigiéndose al jefe de estación y enseñándole una cartera llena de billetes de Banco, le dijo:

— Voy á ver al gobernador para que me explique el atropello conmigo cometido; pero antes de una hora estoy aquí, y cueste lo que cueste disponga usted un tren especial para que pueda salir en dirección á Cádiz.

Llegó el general al gobierno, y no es para describir la entrevista. A las imprecaciones y á las protestas contestaba Aguilera con la más exquisita cortesía, lamentando la equivocación en que había incurrido el inspector, etc.

Al fin, viendo que la cólera de Contreras no se aplacaba, le dijo:

— Mi general, juguemos con cartas vistas.

Y le expuso todo su plan y le demostró al mismo tiempo que era ardid de buena guerra el que había empleado para evitar la proyectada revolución.

Casi sin contestarle, violento y agitado, salió Contreras del gobierno civil y dirigióse nuevamente á la estación. El jefe de ésta, que había recibido ya órdenes del gobernador, le dijo que tenía empleado todo el material y que le era completamente imposible la formación de un nuevo tren.

Volvió entonces al gobierno civil, y Aguilera, que había previsto el caso, fingió no estar. Contreras hizo indicaciones de esperarle *hasta el día siguiente*, las cuales bastaron para que el secretario pusiera á su disposición las habitaciones particulares de su jefe.

El general aceptó el ofrecimiento, y allí cenó y durmió hasta que á la mañana siguiente muy temprano llamó á un ordenanza y le dijo:

— ¿Cuánto es el gasto que he hecho en esta fonda?

— Nada, señor, contestó aturdidamente el sirviente.

— Está bien, toma cinco duros de propina y di al amo que estoy muy satisfecho del trato que aquí me han dado, y aunque yo no pienso volver por el hotel lo recomendaré á los amigos.

impedía obtener las fotografías por el afán de mirar hacia el sitio en que se hallaba la Cámara. Cuando todos dirigen la visual al objetivo, pierden los grupos y las figuras la naturalidad; salen las caras serias, en actitud de retratarse, como si fueran á ser víctimas de un atentado; los cuerpos *puestos* de manera

especial; las miradas convergiendo á un solo punto, á un parecer clavadas sobre un panorama de fuegos artificiales, en fin, no hay posibilidad de *impresionar una buena placa*.

Aguilera, que es presidente del Círculo y á cuyos esfuerzos se debe todo lo que representa y significa aquella asociación (el mejor club político de España), comprendió nuestra angustia y quiso ayudarnos en la obra de dominar á la multitud, empeño para nosotros titánico y en último término estéril.

Acordóse seguramente de Alcibíades, que cortó las orejas y la cola á su perro por hacer un favor á Pericles, y que advertido por sus amigos de cuanto comentaban este acto los atenienses, les dijo:

— De esa manera se entretendrán hablando del perro y no hablarán de otras cosas peores.

Aguilera se valió de sencillísima estratagema. Como lleva siempre un surtido de discursos para todos los momentos y todos los lugares, no le faltaron oportunas frases sobre el cambio político, saludables consejos de prudencia á los amigos y correligionarios...

Y *pun*, la detonación del magnesio interrumpió sus improvisadas palabras é hizo reír la ocurrente habilidad, pues todo el mundo, atento á sus labios, había perdido de vista á la máquina fotográfica, y quedaba hecha la instantánea conforme á nuestros deseos, *sin posturas violentas y sin amaneramientos* de los allí congregados.

G. R. ESPAÑA



Las cuatro estaciones, dibujo de Alejandro de Riquer

Dicho se está que no sólo el gobierno aprobó y aplaudió agradeciéndole mucho la conducta de Aguilera, sino que enérgicamente la defendió en el Senado cuando el mismo general quiso hacer una interpelación sobre el asunto.

* *

Acompañaba yo á Franzen, el conocido fotógrafo, para hacer unas instantáneas del Círculo liberal con motivo de la última crisis.

La gente, apiñada en uno de los grandes salones,

NUESTROS GRABADOS

Las cuatro estaciones, dibujo de Alejandro de Riquer.—Alejandro de Riquer figura entre los primeros dibujantes catalanes, y es de los que con mayor fe y entusiasmo han aceptado las modernas tendencias que nos vuelven á los tiempos del prerrafaelismo. La palabra *aceptado*, sin embargo, no es propiamente la que cuadra á nuestro distinguido colaborador, porque cuando aquí nadie pensaba en la escuela prerrafaelista y apenas si en el extranjero, en Inglaterra sobre todo, se iniciaba ese movimiento de reacción artística, ya Riquer se inspiraba en los grandes modelos que aquella nos legara, y rompiendo con lo que entonces era corriente, presentábase en sus originales composiciones como iniciador de lo que después que

él han hecho tantos otros. Los dibujos que hoy publicamos son una gallarda muestra del talento de su autor, que se revela, así en la belleza del pensamiento que en cada uno de ellos preside, como en la originalidad con que ha dado forma á las estaciones del año en las mismas representadas.

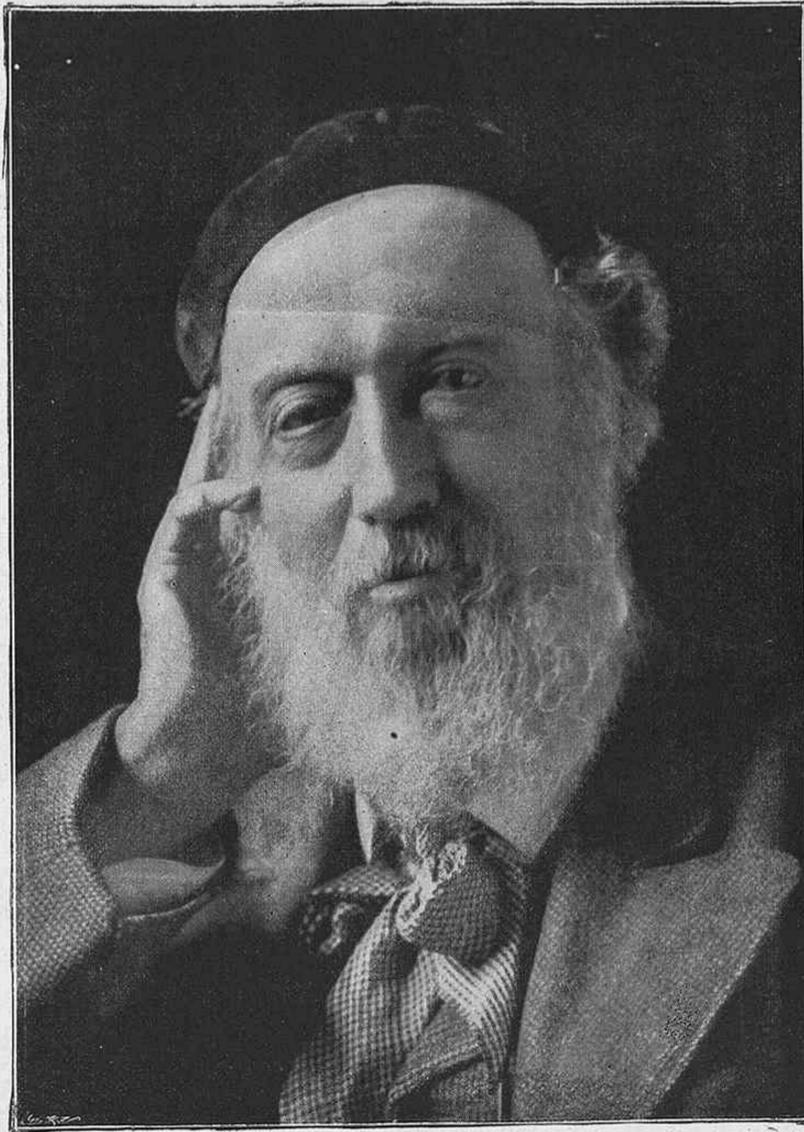
**

El célebre pintor inglés Sir John Gilbert.—Víctima de una parálisis que hacía tiempo le aquejaba ha fallecido recientemente en su posesión de Vanbruck Park, situada en los alrededores de Londres, el renombrado artista que tanta gloria ha dado á su patria. John Gilbert nació en 1817, y desde muy joven fué uno de los principales colaboradores de la importante ilustración inglesa *The Illustrated London News*: á los 19 años hizo su aparición en público exponiendo en la Sociedad de Artistas británicos un cuadro de historia, y á los 21 recibía su consagración artística viendo admitido en la Real Academia un retrato por él pintado. Desde entonces su carrera fué una serie de triunfos y de honores: en 1862 fué elegido miembro de la Sociedad de Acuarelistas, cuya presidencia ocupó en 1881; en 1872 la reina le condecoró; en el propio año la Academia le nombró asociado y en 1876 académico. Era, además, caballero de la Legión de Honor. Sus dibujos, publicados en la citada revista y en varios libros por él ilustrados, sus acuarelas y sus cuadros al óleo, que figuran en los principales museos y adornan las mansiones más aristocráticas de Inglaterra, constituyen una obra de importancia verdaderamente nacional.

**

Mr. Gladstone en Birnam.—Este retrato, el último que se ha hecho del eminente estadista inglés, nos presenta á Mr. Gladstone en el apacible retiro escocés, en donde acaba de pasar una larga temporada. Durante algún tiempo pareció que el venerable anciano, cuya inteligencia tantas veces ha regido los destinos de la nación inglesa, á pesar de haberse retirado de la política activa, seguía ocupándose de ella y aun sostenía algunas polémicas sobre los más importantes problemas de actualidad; y buena prueba de ello es el elocuente llamamiento que hizo en favor del pueblo griego cuando vió que le abandonaban á su propia suerte aquellos mismos, Inglaterra en primer término, que le habían empujado á la peligrosa guerra contra Turquía; pero últimamente ha dejado de ocuparse en estos asuntos para consagrarse casi por entero á la agricultura y á uno que otro trabajo literario.

El día 2 de este mes salió Mr. Gladstone de Birnam, regresando á su residencia de Hawarden.



EL CÉLEBRE PINTOR INGLÉS SIR JOHN GILBERT, recientemente fallecido.

En el palacio Barberini de Roma, cuadro de J. Gallegos.—El palacio Barberini, mandado construir por el papa Urbano VIII, es el mayor de Roma, después del Vaticano, y encierra verdaderos tesoros en joyas artísticas que una familia tan ilustre como amante de las bellas artes ha acumulado en él durante varias generaciones. Desde que aquella ciudad dejó de ser capital de los Estados Pontificios para serlo del reino de Italia, ha desaparecido de tales palacios la vida animada, de continuas fiestas, que en ellos reinara durante el poder temporal de los Papas. A aquella época nos transporta Gallegos en el bellissimo cuadro que reproducimos, y que le ha dado ocasión para poner una vez más de relieve las brillantes cualidades que le adornan: las expresivas figuras de los lacayos que esperan á sus respectivos señores; las ropas admirablemente pintadas que estos servidores visten; las estatuas, relieves y adornos que constituyen detalles importantísimos del lienzo, la monumental escalera que en hermosa perspectiva se desarrolla en el fondo de éste, todo está tratado con esa maestría que tantas veces hemos tenido ocasión de encomiar en nuestro insigne compatriota.

**

Dar de comer al hambriento, cuadro de Leghe Suthers.—En materias de bellas artes y especialmente en la pintura, los mismos efectos pueden conseguirse con los asuntos más sencillos que con las más complicadas composiciones: el sentimiento unas veces, el sello de la verdad otras, comunican al cuadro menos efectista atractivos tan apreciables como los que prestan á los lienzos de grandes pretensiones un pensamiento de alto vuelo ó la utilización de los poderosos recursos de la imaginación y de la habilidad técnica. Prueba de ello es el bonito cuadro del pintor inglés Leghe Suthers, que nos encanta por su naturalidad y por la delicada idea en que el artista se ha inspirado.

**

En el Transvaal.—Las rotografías que reproducimos en la página 709 han sido remitidas á una revista inglesa por uno de sus corresponsales en el Sur de Africa. La primera representa el paso de un vado, y ofrece de particular la forma y disposición del carro cargado, del cual tiran varias yuntas de bueyes: dicho carro va completamente cubierto, pues muy á menudo los ríos crecen repentinamente, y si no se adoptaran precauciones especiales con los vehículos de transporte, las mercancías sufrirían irreparable daño. En la segunda se ve la escolta que durante sus viajes acompaña al presidente Kruger,



MR. GLADSTONE EN BIRNAM, ÚLTIMO RETRATO DEL ILUSTRE ESTADISTA INGLÉS (de fotografía de A. F. Mackenzie, Birnam)



JESUCRISTO CURANDO AL PARALÍTICO, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE EDUARDO DE GEBHARDT (de fotografía de la Sociedad Fotográfica de Berlín)

el cual es muy poco aficionado á andar á pie y recorre con mucha frecuencia sus dominios, unas veces por obligación y otras por placer, en la forma que el grabado indica. La tercera nos presenta un grupo de boers ejercitándose en el manejo del rifle; los boers son excelentes tiradores y han demostrado recientemente, cuando la incalificable agresión de los ingleses, que su habilidad sirve para algo más que para tirar al blanco, y que con ella corren parejas su valor y su patriotismo. La última fotografía es verdaderamente curiosa: como se ve, las campanas de la catedral de San Pedro, de Pietermaritzburgo, no están en el mismo templo, sino que aparecen pendientes de un árbol cercano al edificio, y desde este campanario, tal vez único en su clase, convocan á los fieles á las prácticas religiosas.

bos pueblos. La manifestación, en suma, fué una calurosa expresión de cariño y de entusiasmo. — J. S.

**

D. Juan Lindolfo Cuevas, nuevo Presidente de la República del Uruguay.—En virtud del precepto constitucional, ha sucedido en la presidencia de la República del Uruguay al Sr. Idiarte Borda, de cuya violenta muerte nos ocupamos oportunamente, el Presidente del Senado don Juan Lindolfo Cuevas, cuyo retrato publicamos en esta página. El Sr. Cuevas goza de las mayores simpatías entre sus compatriotas: liberal, de honradez acrisolada, sabio administrador, hacendista é historiógrafo merítísimo, desde los primeros días de su gobierno ha dado muestras de la energía de carácter que han de tener los hombres públicos para resolver las situaciones difíciles. La acogida que el país hizo al nuevo presidente y al ministerio por él nombrado no pudo ser más lisonjera, y las esperanzas que desde un principio se cifraron en los nuevos gobernantes se han visto realizadas, ya que ha cesado la sangrienta insurrección, habiéndose firmado la paz tan suspirada y restablecido la tranquilidad que permitirá al Uruguay continuar por la senda de progreso emprendida y desarrollar sus riquezas y sus iniciativas.

**

Jesucristo curando al paralítico, cuadro de Eduardo de Gebhardt.—«Al cabo de algunos días volvió á entrar en Capernaum: y corriendo la voz de que estaba en la casa, acudieron muchos en tanto número, que no cabían ni dentro ni aun fuera delante de la puerta y él les anunciaba la palabra de Dios. Entonces llegaron unos conduciendo á cierto paralítico que llevaban entre cuatro. Y no pudiendo presentárselo por causa del gentío que estaba al rededor, descubrieron el techo por la parte bajo la cual estaba Jesús y por su abertura descolgaron la camilla en que yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: *Hijo,*



D. JUAN LINDOLFO CUEVAS, nuevo presidente de la República del Uruguay

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—DRESDE. — En la primera exposición internacional recientemente verificada en Dresde y que se cerró el día 17 de octubre último se han vendido obras de arte por la suma de 400.000 marcos (500.000 pesetas).

Teatros.—En el teatro Lessing, de Berlín, ha alcanzado grandes triunfos la célebre actriz francesa Mme. Rejane.

Paris. — Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés *Les petites folles*, comedia en tres actos de Alfredo Capus, y en la Opera Cómica *Le spahi*, poema lírico de Luis Gallet y Andrés Loti, basado en la novela de Pedro Loti del mismo título, y para el cual Luciano Lambert ha escrito una partitura bellísima que en el concurso de 1896 obtuvo el premio de la ciudad de París.

Madrid. — Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Eslava *El gallito del pueblo*, zarzuela en un acto de los Sres. Cocat y Criado con muy bonita música el maestro Brull. En los teatros de Novedades y Martín han comenzado sus tareas dos compañías dramáticas dirigidas por los reputados actores señores Mata y Espejo respectivamente.

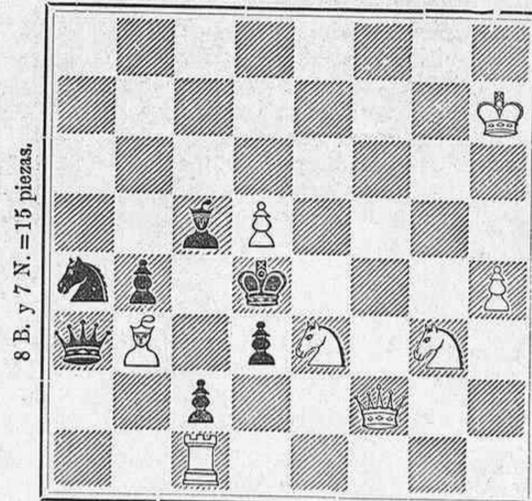
Barcelona. — Se ha representado con extraordinario éxito en el teatro Romea la comedia en tres actos de D. Alberto Llanas *Don Gonzalo*, obra de acción interesante, con personajes hábilmente trazados y sostenidos, muy bien escrita y abundante en chistes de la mejor ley.

Necrología.—Han fallecido:

Dupont-Vernon, notable actor francés, uno de los más aplaudidos artistas del teatro de la Comedia Francesa.
Francisco Guillermo Newmann, sabio publicista inglés, autor de importantes obras filosófico-religiosas, de filología, historia, etnografía, matemáticas y literatura.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 93, POR VALENTÍN MARÍN
NEGRAS



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 92, POR J. TOLOSA

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A6 D | 1. P5 AR (*) |
| 2. C5 AR jaque | 2. A toma C |
| 3. A8 AR | 3. Cualquiera. |
| 4. A7 CR mate. | |

(*) Si 1. P5 CR; 2. P4 AR, 3. A5 R, y 4. Ac CD mate; — 1. PT juega; 2. C6 C, y 3. A5 R mate.



BUENOS AIRES. — MANIFESTACIÓN DE DUELO QUE EL PUEBLO ARGENTINO TRIBUTÓ EN 22 DE AGOSTO ÚLTIMO Á ESPAÑA CON MOTIVO DE LA MUERTE DEL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Paso de la comitiva por delante de la «Casa de España» (de fotografía de B. González, remitida por D. Justo Solsona)

Buenos Aires. Manifestación de duelo del pueblo argentino con motivo de la muerte del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—El pueblo bonaerense, deseando asociarse al duelo de España por la muerte del ilustre estadista Sr. Cánovas del Castillo, organizó una manifestación en la cual, además de la comisión ejecutiva compuesta de 600 personas de lo más selecto de la sociedad porteña, tomaron parte las representaciones de todas las sociedades argentinas recreativas, benéficas, artísticas y literarias, el Colegio Nacional, las facultades universitarias, muchas sociedades francesas, algunas italianas y todas las españolas. La comitiva ocupaba una extensión de más de un kilómetro. El acto resultó en extremo imponente, y á él se asoció el jefe de policía Dr. Beazley enviando atentísima nota y un escuadrón de guardias de seguridad y la celebrada banda de esta fuerza, que abrían la marcha. Al llegar frente á la Casa de España, el joven argentino D. Julio Arditi Rocha, iniciador de la idea, pronunció un discurso elocuentísimo lleno de conceptos honoríficos para España y para la unión de argentinos y españoles. Contestóle el Excmo. Sr. D. Juan Durán y Cuervo, ministro plenipotenciario español, agradeciendo de todo corazón en nombre de la patria aquella manifestación de duelo y de simpatía, tan grandiosa y tan espontánea. Usaron también de la palabra el Dr. D. Gonzalo Segovia, presidente de la Asociación Patriótica Española, y D. Ignacio Firmat, presidente del Club Español, dando las gracias en nombre de la colectividad española al pueblo argentino y haciendo votos por la firme unión de am-

tus pecados te son perdonados. Estaban allí sentados algunos de los escribas y decían en su interior: *¿Qué es lo que éste habla? Este hombre blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios? Mas como Jesús penetrase al momento con su espíritu esto mismo que interiormente pensaban, dícele: ¿Qué andáis revolviendo esos pensamientos en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados: ó decir: Levántate, toma tu camilla y camina? Pues para que sepáis que el que se llama Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados: Levántate (dijo al paralítico). Yo te lo digo: coge tu camilla y vete á tu casa. Y al instante se puso en pie y, cargando con su camilla, se marchó á vista de todo el mundo, de forma que todos estaban pasmados, y dando gloria á Dios decían: Jamás habíase visto cosa semejante.» En este pasaje del Evangelio de San Marcos está inspirado el hermoso cuadro que en este número reproducimos: su autor, el célebre pintor alemán Gebhardt, se ha consagrado desde los comienzos de su carrera á la pintura religiosa, pero ha querido dar á sus obras un carácter nacional y eminentemente realista, siguiendo en esto el ejemplo de los maestros flamencos y alemanes de los siglos XV y XVI. A pesar de esta modernización, sus cuadros tienen un sello que les distingue de los de otros pintores modernistas, no sólo por la grandiosidad de las composiciones, sino que también porque, á pesar de su realismo, el sentimiento religioso prevalece en ellos de tal manera, que pueden confundirse con los de los mejores artistas de la edad de oro de aquel género pictórico.*



- Esté usted tranquila; seré discreto sobre este punto. Adios, Juanita

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En la estación encontró al Sr. Fineuil, su principal agente, que hacía su décimaquinta campaña; encargábase de una elección por ajuste, y mediante una suma redonda se cuidaba de todo el servicio: comunicados á la prensa, publicidad, alquiler de salas, impresión de anuncios y candidaturas, correspondencia, retribuciones y propinas; en fin, lo organizaba, preparaba y dirigía todo. El Sr. Fineuil no

dudaba nunca del éxito, asegurando que ningún candidato podía ser vencido si seguía sus consejos. Por otra parte, era ecléctico en materia de opiniones, y prestaba sus servicios con la mejor voluntad á los partidos políticos más diversos; pero mientras se le pagase, era hombre formal y tenía empeño en cumplir sus compromisos.

Había recorrido ya el país en todas direcciones,

reclutado su personal, adelantado una considerable suma al *Independiente* y llevado á la imprenta la primera proclama del vizconde; de modo que Santiago, al cruzar por Berneville, tuvo la satisfacción de ver su nombre en todas las esquinas y con todos los colores del arco iris. Los anuncios eran enormes, brillantes, y los del doctor Tranchebize de un feo color de sangre de toro, que ningún efecto producían

al lado de los de su competidor. Fineuil había acañado la tirada de los del contrincante del vizconde y ordenado al punto que hicieran carteles de dobles dimensiones para su protegido; estaba bien pensado, y Santiago llegó al castillo de muy buen humor.

Desde el día siguiente la campaña comenzó por una comida, á la que asistieron algunos electores influyentes y seguros. Hubo manjares suculentos, se habló mucho, y con auxilio de los buenos vinos de la bodega, las esperanzas fueron muy halagüeñas al llegar á los postres. No obstante, el notario no tomó parte en aquel banquete, lo cual extrañó á Santiago; esto le hizo recordar la desconfianza que el Sr. Griffon inspiraba á su padre, y dijo dos palabras á Fineuil, que con aire de suficiencia comenzó al punto á escribir algunas noticias en su libro de memorias.

En la sala de fumar se trazaron varios planes de acción, conviniendo todos en un punto, y era que se debía empeñar la lucha inmediata y enérgicamente. ¿Pero cómo? ¿Se visitaría personalmente á los electores, ó se procedería por medio de reuniones públicas? Y si el vizconde no organizaba reuniones, ¿debería asistir á las que su competidor pudiera preparar? Estos diversos problemas suministraron á la elocuencia de los electores influyentes asuntos inagotables y maravillosamente apropiados á sus caracteres; y como cada uno de ellos era insoluble en razón á la parte que se dejaba á la casualidad, todos los discursos terminaban invariablemente por la fórmula normanda: «No vengo á decirles que eso se haya de hacer; pero tal vez convendría que se hiciera.»

Después de oír detenidamente todos los consejos y de escuchar todas las opiniones, el vizconde, impacientado, declaró para terminar que como cada sistema aplicado por sí solo ofrecía ventajas é inconvenientes, estaba resuelto á emplearlos todos juntos: visitaría á los electores, organizaría reuniones públicas é iría á las de su competidor. Aquel ardimiento juvenil aturdió un poco á los graves personajes á quienes Santiago acababa de consultar; pero después de una nueva y muy amplia discusión, convinieron en que el señor vizconde podía incurrir en error por hacer tanto, pero que también podía tener razón haciéndolo. En cuanto á Fineuil, aplaudió con entusiasmo. Al ver el ímpetu con que su candidato emprendía el primer galope en la pista electoral, comprendió que iba á dirigir una hermosa campaña, provechosa para su bolsillo y lisonjera para su amor propio de *barnum* político. Proclamó que el éxito no era dudoso, que en pocos días la actividad del señor vizconde confundiría á Tranchebize, y que él, Fineuil, se encargaba de «caldear el distrito de tal manera, que el nombre de Berneville saldría de la urna á borbotones.» Hablaba con tan persuasiva convicción, que los electores influyentes acabaron por exclamar: «¡Muy bien podría suceder!»

Y se retiraron muy tarde, ya de noche, satisfechos de la comida y de los cigarros, y menos convencidos que cuando llegaron al castillo de la inutilidad de la lucha contra Tranchebize, porque el señor vizconde hablaba sin manifestar el menor cuidado y tenía mucho aplomo.

III

Santiago se entregó al sueño con la confianza del gran Condé en la víspera de la batalla de Rocroy, y no se despertó hasta las ocho, hora en que su criado le llamó repetidas veces. Se vistió apresuradamente, y ordenó que engancharan su *charrete* inglesa; sin perder momento quería comenzar su visita, y le ocurrió la idea de ir á ver ante todo á Chantavoine. Este último no se había presentado la víspera aunque se le convidó á comer. ¿Por qué no asistió? ¿Sería preciso desconfiar de él como del notario? ¡Vamos, cómo pensar semejante cosa de un antiguo amigo de la familia, de un labrador hijo de labrador, del hermano de leche del conde! Su fidelidad no era sospechosa. ¡Y sin embargo, agradábase comer bien! Su ausencia reconocía, pues, algún motivo..., en fin, era preciso ver.

Mientras almorzaba de prisa, el vizconde se enteró de un artículo que Fineuil se disponía á llevar al *Independiente*, y en el cual anunciaba que todo el país se levantaba en masa para aclamar el nombre de Berneville. Después encendió un cigarro, saltó ligeramente á su *charrete* y fustigó á su yegua *Fly*, que partió como una exhalación.

Hacía una de esas mañanas de julio calurosas y pesadas que comienzan con sol y acaban con tempestad. Nubes amarillentas se acumulaban lentamente por la parte del Oeste; ni el más leve soplo atravesaba el aire denso, ni se oía cantar ave alguna, y sobre la campiña pesaba un calor sofocante y silencioso. La elegante *charrete* corría rápida hacia los Muriaux, á través de los trigos que maduraban, y á veces rebo-

taba ligeramente sobre los baches del camino. Santiago, con el látigo levantado y las riendas tendidas, contenía y excitaba á su cuadrúpedo, que ahora iba al trote, aspirando con las narices muy abiertas el escaso aire agitado por su carrera: detrás, el lacayo, inmóvil, con los brazos cruzados y las piernas extendidas y juntas, balanceábase á cada vaivén ocasionado por las desigualdades del suelo con la rigidez correcta de un criado bien enseñado. Muy pronto divisóse la granja, con sus construcciones formando arco de círculo y rodeando el gran patio lleno de manzanos y cerrado por una cerca blanca. Algunas vacas salían por la puerta principal después de haber bebido y sido ordeñadas en el establo, y dirigíanse por el camino hacia un prado de alfalfa en parte ya consumida.

El vizconde puso su yegua al paso al acercarse al rebaño, y muy pronto hubo de detenerse, rodeado de aquellos animales cachazudos que pasaban lentamente, parándose á veces de pronto para mirarle con sus grandes ojos húmedos, mientras el lacayo, que se había apeado, acariciaba á *Fly*, inquieta, espantada y nerviosa.

— ¡Tráelas, *Mostacho*, tráelas aquí! ¡Anda, valiente! ¡Marcha tú, *Retozona*! ¡Dios mío, qué poco dóciles son estos animales! ¡Miren ahora lo que hace la *Corza*! ¡Muérdela, *Mostacho*, muérdela á esa tunanta!

Obedeciendo á la voz y afanoso en su tarea, *Mostacho* galopaba de la cabeza á la cola de la columna, obligando á las vacas á permanecer en el camino, ladrando á las que trataban de alejarse y mordiscando las piernas de las recalcitrantes, mientras que entre sus fauces abiertas y sobre sus dientes muy blancos pendía la lengua roja, que comunicaba á su cabeza un aspecto feroz. El perro volvía á cada instante hacia la vaquera como para pedirle órdenes, y después marchaba de nuevo á todo correr.

— ¡Toma, pues si es Juanita!, exclamó el vizconde cuando, después de pasar las vacas, pudo ver á la que las conducía.

— ¡Señor Santiago!, exclamó Juanita, deteniéndose de pronto como sofocada por aquel encuentro inesperado.

La joven llevaba los zuecos y su ropa de trabajo; cubría su cabeza un ancho sombrero de paja y tenía un palo largo en una mano, mientras que con la otra empuñaba uno de esos recipientes de barro con dos compartimientos que se llaman *pastoras*, en los que los guardianes de rebaños suelen llevar su almuerzo.

— ¡Sí, yo soy!, contestó alegremente Santiago. Según parece, no pensaba usted verme. ¡A la verdad, hace tanto tiempo!.. Apenas la he visto á usted alguna vez de lejos desde aquella famosa boda...

Juanita no contestaba; mirábase con una especie de éxtasis, como aturrida de encontrarle y de ver que la había reconocido; pero esta mirada y esta emoción pasaron del todo inadvertidas para el vizconde, que teniendo otras cosas en qué pensar, continuó en el mismo tono:

— Supongo que todos siguen sin novedad en los Muriaux. Ayer esperaba á su tío de usted á comer...

— No, Sr. Santiago, allí no siguen muy bien, ni va todo en grande. Nada de eso...

— ¿Hay algún enfermo?

— Sí, mi tía está enferma, mañana hará quince días.

— ¿La señora Chantavoine? ¿Qué tiene?

— No lo sabemos. Tiene dolor tan pronto en una parte como en otra... Dispense usted un momento, porque mis vacas se agrupan en el trigo... ¡Hola, *Mostacho*! ¿Qué haces, holgazán?

Y la joven se lanzó blandiendo un largo palo, llamando á gritos á las vacas por sus nombres, y arrojándoles á las piernas terrones de tierra; mientras *Mostacho* se multiplicaba, ladrando furiosamente. En un abrir y cerrar de ojos, el campo de trigo quedó despejado, y todas las vacas, ahuyentadas á gritos, pasaron al campo de alfalfa, donde comenzaron á pacer. Después Juanita puso á *Mostacho* de centinela en el lindero, y volvió adonde estaba el vizconde, que permanecía inmóvil, divertido por aquella escena campestre. La joven parecía sofocada y gruesas gotas de sudor caían sobre su rostro enardecido por la carrera; pero con su expresión seria continuó la conversación con el vizconde como si nada la hubiera interrumpido.

— Se queja de dolores en la espalda, más fuertes en el estómago y la cabeza; y el médico no comprende el mal.

— ¿Quién la visita?, preguntó Santiago.

— El Sr. Tranchebize.

— ¡Ah!, exclamó el vizconde, contrariado al parecer. Y... ¿qué dice?

— ¡Diantre!, no gran cosa. Ha recetado una botella de líquido que la enferma ha de tomar tres veces diarias...

— Y su hija ¿está junto á la enferma?

— Algunas veces viene; pero no la encontrará us-

ted hoy. Dos días hace ya que no la hemos visto, sin duda á causa de la gente que tiene en su casa.

— ¿Qué gente?

— Yo no lo sé; son señores que no conozco; desde que el Sr. Muterel es alcalde de Varencieres, con frecuencia recibe visitas de personas importantes, sobre todo ahora con motivo de las elecciones.

— Es muy justo. ¿Conque su primo de usted se ocupa mucho de ellas?

— ¡Ah, sí, por desgracia se ocupa!

— ¿Ya sabe usted que soy candidato?

— Ya me lo han dicho, y además han pegado el nombre de usted en nuestra puerta esta mañana.

— Espero, señorita, que no será usted hostil á mi candidatura.

— ¿Qué quiere usted decir, Sr. Santiago?

— Que espero que no le disgustará á usted que me elijan diputado.

— Seguramente que no, si esto ha de complacerle.

— En fin..., veo que continúa usted trabajando mucho, tal vez más que de costumbre, pues si su prima no está allí, usted es sin duda quien cuida á la enferma.

— Preciso es. Mi tío Juan me ayuda por la noche; pero esto no impide que me llame á veces para arreglarla.

— ¿Y es una enferma exigente?

— Un poco.

— La compadezco á usted, pobre Juanita; la vida que lleva no es muy alegre.

— ¡Diantre! La enfermedad tiene la culpa de ello, lo cual no impide que mi tía y las vacas me den realmente mucho que hacer.

— ¡Vamos!, valor; usted es una buena muchacha. ¿Le parece que podré ver á la enferma?

— Seguramente; la he dejado en la sala, y estaba más firme hoy, sin duda porque ha podido tomar un poco de sopa esta mañana.

— ¿Y su tío?

— Mi tío Juan debe estar en la granja, con su mujer.

— Ahora me explico por qué no asistió á la comida, pues supongo que sigue siendo amigo mío. ¿No es verdad?

— Sería una lástima que no lo fuese...

— Vaya, adiós, señorita, la dejo con su rebaño; pues sin duda no volverá usted á la granja.

— No puedo, Sr. Santiago, porque mis vacas volverían al campo de trigo, y debo vigilarlas hasta mediodía, á menos que la tempestad no nos obligue á marcharnos antes.

Como para contestar al pensamiento de Juanita, un sordo fragor resonó á lo lejos en las nubes color de plomo que cerraban el horizonte.

— Tanto mejor, contestó Santiago al oír el trueno, pues ya sabe que me agrada mucho hablar con usted, Juanita.

El vizconde emprendió de nuevo la marcha sin observar la turbación de la joven, que permaneció largo tiempo inmóvil en el camino mirando cómo se alejaba el coche, y pensando con el alma enternecida en aquel apuesto joven que la había besado una noche y que todavía le hablaba con tanta dulzura.

IV

Cuando Santiago penetró en el patio de los Muriaux, el sol, hasta entonces brillante, se había velado con una especie de bruma; la nube avanzaba rápida, amenazadora, de color gris con reflejos amarillentos, y en el aire tranquilo aún percibíase un vago y alarmante murmullo. Cuando el vizconde se apeaba de su vehículo, brilló un relámpago semejante á la llama de un cañonazo; al mismo tiempo la yegua se desvió, y se habría desbocado si el lacayo no hubiese corrido á la brida. Después estalló con fuerza un trueno que resonó violentamente en el espacio.

— Conduce el coche al cobertizo, ordenó Santiago; desengancha la yegua y llévala á la casa de vacas. ¡Ah! ¿Ya está usted aquí, Chantavoine? ¿Cómo va?

Con lento y pesado paso, Juan Chantavoine se acercaba á Santiago.

— Es usted muy bueno, señor vizconde, le dijo. ¿Sigue usted bien? ¿Y el papá y la mamá?

— Creo que vamos á tener mal tiempo.

— Me parece que sí; viene derecho sobre nosotros.

Y el buen hombre, poniéndose la mano sobre los ojos á guisa de pantalla, examinó atentamente el cielo.

— Lo que me extraña, dijo, es que tiene el pie blanco.

— ¿Qué significa eso?, preguntó Santiago.

— Es que cuando una tempestad tiene el pie blanco es mala señal, señor vizconde.

— ¡Bah! Usted está asegurado contra el granizo.

— ¡Oh, no! Nada de eso. Mi yerno quería; pero todo eso supone gastos.

— ¡Diablo!, es que usted tiene muy buenos trigos!
 — Sí, es verdad, peores los he tenido.
 Y continuó en su contemplación.
 — Tal vez no sea eso nada, repuso. Diríase que el ángel malo extiende sus alas sobre Crieres. Seguramente ellos tendrán granizo; si nosotros no tenemos más que agua, todo irá bien.

En aquel instante estalló otro trueno, y algunas grandes gotas cayeron sobre los guijarros del patio. Instintivamente el vizconde y Chantavoine entraron en la casa.

Al lado del fuego, la señora Chantavoine estaba sentada en un gran sillón. Tenía la cara enflaquecida; la fiebre hacía brillar sus ojos, y todo su rostro expresaba la angustia. Apenas notó al parecer la presencia de Santiago, que le estrechaba la mano, y evidentemente su pensamiento estaba en otra parte. Con una voz que la debilidad hacía temblorosa, pero que conservaba su ronco acento de mando, preguntó a su esposo:

— ¿Cómo tiene el pie?

— Blanco, contestó Chantavoine, levantando los brazos.

Entonces los dos dirigieron sus miradas hacia la ventana, que estaba frente a la puerta y daba al campo. Santiago siguió la dirección de aquéllas, y vió, balanceándose bajo las primeras ráfagas del temporal, las espigas de un extenso campo de trigo.

En el entretanto el día se había oscurecido completamente, y los relámpagos se sucedían de continuo, iluminando fantásticamente aquella noche súbita.

De un extremo a otro del cielo el trueno retumbaba, unas veces seco, como si se rasgase, y otras arrastrándose en la nube con interminables fragores.

La inmensa voz de la tempestad rugía en la chimenea, y el humo, rechazado por los torbellinos del viento, llenaba la sala.

— Espero que su sobrina volverá pronto, dijo el vizconde; la he encontrado con sus vacas en la llanura.

— ¡Ah! Las vacas, contestó Chantavoine; esas no temen el granizo; tienen la piel dura.

Sin embargo, la luz del día, muy escasa, brilló de pronto con un resplandor lúgubre; una nube baja, de color blanco rojizo, ascendía con una rapidez terrible, redoblando al mismo tiempo los relámpagos y truenos.

— ¡El granizo, ahí está el granizo!, gritó la madre Chantavoine, irguiéndose en su sillón.

— ¡Oh, Dios mío, qué desgracia!, exclamó el marido, dejándose caer en un banco.

Pero se levantó de un salto, al oír que en el tejado resonaba ya el siniestro *tic-tac* de las piedras; después corrió a la ventana, y allí permaneció inmóvil, contemplando con hondo pesar su trigo. La buena mujer, que había vuelto a hundirse en su sillón, repetía con acento lúgubre:

— ¡Ahí está, ahí está!

Santiago, dirigiéndose también hacia la ventana, miró. Bajo el impulso de la tromba, las espigas ondulaban como la superficie de un mar, y el pedrisco, rechazado casi horizontalmente por la violencia del viento, penetraba de través en aquella masa atormentada. Después pudo más el granizo; el viento cesó de pronto, como si se diera por vencido, y entonces la lluvia de proyectiles helados cayó vertical y compacta, partiendo los tallos, cortando las espigas y convirtiendo aquella hermosa cosecha, casi madura, en una masa informe aplastada contra el suelo, batida sin cesar, en medio de la cual se elevaban acá y allá algunas plantas decapitadas, y en la que el granizo se acumulaba, formando grandes manchas e islotes blancos en la verde extensión. Sobre el tejado de la casa las piedras resonaban como el redoble continuo de un tambor, y los relámpagos se multiplicaban, grandes y blancos, acompañados de espantosos truenos.

Siempre inmóvil cerca de la ventana, Chantavoine, sin decir nada, miraba su trigo. Su rostro, de ordinario animado de una expresión algo burlona, había tomado un aspecto casi noble; una verdadera angustia le oprimía, y por sus curtidas mejillas una lágrima comenzó a deslizarse lentamente. Olvidando su mal, la señora Chantavoine se agitaba en su sillón, amenazando el techo con los puños y profiriendo amargas quejas, imprecaciones llorosas, que muy pronto degeneraron en una especie de abatimiento.

Santiago de Berneville estaba singularmente conmovido. Por primera vez acababa de ver la parte grandiosa y trágica de esa vida de campesinos empleada sin tregua ni reposo en las rudas labores que



De repente se abrió la puerta y entró Juanita chorreando agua

violentan la tierra, y que tan á menudo se pierden por los caprichos brutales de la indomable atmósfera. Y también por primera vez comprendía esos ruidos hijos del suelo de Francia, de cuyos contratiempos, de cuyas costumbres rústicas y de cuya economía no había hecho hasta entonces más que burlarse.

— ¿Económicos? Sí; seguramente lo son, con frecuencia hasta la avaricia; pero ¡qué sudores para ganar ese dinero que tantos gariteros de las ciudades recogen y gastan tan de prisa! ¡Qué oficio el suyo, sufriendo el frío y el calor, en medio de la lluvia que lo anega todo, en la sequía que todo lo mata y en las tempestades que, como la de aquel día, hacen perder en pocos minutos el trabajo de todo un año!

Y pensativo, contristado, el vizconde contemplaba el trigo hecho trizas por el granizo, y escuchaba á la madre Chantavoine, cuyas quejas no cesaban y que repetía llorosa entre el formidable acompañamiento de la tempestad:

— ¡He ahí la desgracia! ¡Unos trigos que eran tan hermosos! ¿Qué será de nosotros ahora, Dios mío, qué será de nosotros?

De repente se abrió la puerta, y entró Juanita chorreando agua; su sombrero de paja, empapado como una esponja, goteaba sobre su cabeza; llevaba la ropa pegada al cuerpo, y el agua que soltaban sus vestidos dejaba tras sí un largo reguero.

Al verla entrar, Chantavoine se estremeció de pronto.

— ¿Y las vacas?, preguntó.

— Ya las tengo dentro, excepto la *Corza*, que ha huído.

La madre Chantavoine había dejado de gemir.

— Era preciso correr en su seguimiento, dijo con dureza.

— Bien he corrido, señora; pero si los hombres no me hubieran ayudado, jamás habría conseguido reunir el rebaño. ¡Era de ver cómo galopaban todas bajo el granizo! Y advierta que era duro de recibir, y creo que aún tengo sangre en las espaldas debajo de mi corpiño. Y si no, mire usted el patio, y verá granizos como nueces.

— Pues entonces, repuso Chantavoine después de una pausa, mi trigo de allá abajo estará como ese...

Y mostraba la ventana.

— ¡Ah, tío Juan!, exclamó Juanita.

De nuevo permanecieron silenciosos; la joven lloraba, y la madre Chantavoine, con las manos crispadas sobre los brazos de su sillón, respiraba penosamente. Santiago se acercó al labrador.

— Vamos, dijo, no hay que desesperarse; usted no quedará arruinado por una cosecha comprometida, y ya se repondrá de este golpe; nosotros le ayudaremos...

— ¿Y qué dirá el otro?, preguntó de pronto la enferma, profiriendo un gemido.

— ¿Quién es el otro?

— ¡Nuestro yerno, pardiez!, refunfuñó Chantavoine. Bien sé lo que mi mujer quiere decir. ¡Ah, si las cosas se pudieran hacer dos veces!..

— ¿Y qué tiene que ver su yerno con esto? No es culpa de usted que haya estallado una tempestad de granizo.

— Seguramente que no; pero hay cosas... Juanita, ve á ver si la *Corza* ha vuelto.

El ruido del granizo había cesado, y ahora la lluvia caía á cántaros, arrastrando rápidamente las piedras hacia la balsa. Juanita salió dócilmente, sufriendo la lluvia.

V

— Será usted causa de que su sobrina enferme, exclamó Santiago. Está mojada hasta los huesos.

— ¡Bah!, replicó la buena mujer; el trabajo es lo primero; ya tendrá tiempo para secarse después.

— ¡Enfermar!, añadió Chantavoine, no hay temor de eso. Aunque su padre fuera un pobrete, la chica es una Chantavoine, dura para el trabajo, y además tiene apego á la casa. Estoy seguro, Sr. Santiago, de que Juanita siente una desgracia como ésta tanto como nosotros, porque sabe muy bien... que esto es la miseria.

— ¿La miseria? Usted se chancea, Chantavoine. Cierto que ha sufrido una pérdida considerable en dinero; pero la miseria...

— ¡La miseria le digo á usted!.. ¡Ah, su padre de usted puede esperar el pago del plazo!.., pero yo no sé ya qué podré hacer ahora.

— Veamos, cálmese usted y no exagere las cosas. Usted es rico.

— ¿Rico yo? Así lo decían en otro tiempo; pero hoy no tengo un cuarto, entiéndame usted bien, ni un solo cuarto.

Y la señora Chantavoine repitió como un eco:

— ¡Ni un cuarto, ni un cuarto!

— ¡Vamos!, exclamó el vizconde impaciente. La tempestad le ha trastornado á usted el juicio, buen hombre. ¡Usted tiene ahorros, qué diablos!

— ¡Ya no los tengo!

— Tiene usted tierras.

— ¡Ya no las tengo!

— Pero en fin, ¿qué ha sido de sus bienes?

— ¡Ah! Seguramente que no se han ido á las nubes, ni tampoco se han perdido para todo el mundo... Pero vea usted... uno se embrutece cuando es viejo.

— ¿Ha hecho usted malas especulaciones?

— ¿Especulaciones? ¡Ah!, sí, puede usted decir que he hecho una muy mala!

La madre Chantavoine se sobresaltó en su sillón.

— ¡Cállate, hombre, cállate!

— ¡Bah, qué diantre, bastante adelantaré yo con callarme! He cometido una torpeza, y ahora toco el resultado. Señor vizconde, cuando haya usted de casar una hija, desconfíe; no le digo más que esto.

— Gracias por el consejo; pero aún no ha llegado ese caso...

— Mire usted, cuando un padre y una madre no tienen más que una hija, todo les parece poco; creen que no se la eleva jamás á suficiente altura, y suben...

— ¡Vamos, usted no se halla en ese caso! Pienso que usted vale tanto como Muterel.

— ¡Ah! Seguramente que sí, dijo en apoyo la señora Chantavoine.

— Usted es muy bueno..., pero yo no soy más que un campesino, mientras que él es un menestral que sabe estudiar en los libros. Recibe en su casa la visita de señores; el prefecto le escribe algunas veces, y hasta vino á almorzar con él. Por otra parte, no es un torpe; ya lo sabe usted.

— Pues entonces, si le parece á usted tan bien, no veo por qué ese casamiento...

— Voy á decírselo á usted...

— ¡Cállate, marido, dijo otra vez la madre Chantavoine con tono suplicante, cállate!

— ¡Pues yo quiero hablar! Sepa usted que no he casado á mi hija de balde; me ha costado caro; y cuando no se tiene más que una, sabrá usted... ¡En fin, pensar que los padres se dejan coger siempre así! Supóngase que le dicen: «Deje usted esas tierras, Chantavoine, pues á su edad le fatigaría demasiado cultivarlas; bastante tiene usted con la granja para cansarse. Yo sabré labrarlas bien, porque soy joven y tengo más ánimo que usted para el trabajo. Y por otra parte, ¿no soy yo quien debe poseerlas algún día? Siendo así, un poco antes ó un poco después... ¡Oh! Ya sabe usted, yo le pasaré la renta; no es un donativo lo que yo pido, ni vale la pena extender una escritura, porque ésta ocasionaría gastos, sin contar que entre nosotros no hay necesidad de firmas. ¿No es verdad? Mas para probar que usted me cede su hacienda en vida, se necesitará de todos modos una, atendido que... bien conoce usted el país... se diría: «¡Toma, he aquí que labra las tierras del padre Chantavoine! ¿Por qué lo hará?» Es preciso cerrar la boca á la gente si se puede, y cuando el mundo sepa que Muterel es propietario de la hacienda que su suegro le dió, y que si quiere cerciorarse de ello no ha de hacer más que ir á ver la escritura en casa del notario, Sr. Griffon, la gente dirá: «¡Toma!, ya no nos extraña. ¡Qué bueno es querer así yerno y suegro!» Ya comprenderá usted, Sr. Santiago, que uno es viejo y tonto; se ama á su hija y se sacrifica todo para educarla en un colegio costoso de la ciudad, y se la casa después con el supuesto gallo del país. Uno se dice: «es verdad; bastante tengo con la granja; siempre bastará para pagar al propietario, y podré vivir con comodidad. Si yo doy mis tierras, nuestro yerno, que tiene ya una posición segura, llegará á ser así el primero después del señor conde; y por otra parte, ¿no ha dicho que me pagaría la renta?» Uno consulta á su mujer y ésta grita...

— Sí, he gritado, interrumpió la señora Chantavoine. ¿Y acaso no tenía razón?

— Ella grita; pero no se le hace caso, pues sabido es que las buenas palabras son las que hacen andar á los hombres. Cierta día voy á casa de Griffon, el notario; veo sobre la mesa un pliego de papel sellado; el Sr. Griffon me dice: «Firme usted;» y yo firmo...

— ¡Cómo! ¿Ha hecho usted en vida donación de todos sus bienes á su yerno?

— Sí, señor.

— ¡Qué buen suegro es usted! Tiene suerte ese señor Muterel!.. En fin..., por fortuna es hombre honrado, y puesto que le paga el arriendo de las tierras, ya ve usted...

Santiago se detuvo, esperando la contestación; pero Chantavoine se callaba, como avergonzado de sí mismo. Dió algunos pasos hacia la puerta y miró al patio con cierta confusión; la tempestad se desvanecía; un fino rayo de sol se filtraba á través de las nubes y hacía brillar como diamantes las gotitas de lluvia que aún caían.

Desde su sillón, la enferma le siguió con los ojos, fijando en él una mirada de rencor y de cólera; pero el marido volvió muy pronto como si hubiera sentido una mordedura.

— ¡Habrás acabado de hablar?, dijo la madre Chantavoine con una voz que la fiebre hacía aguda. Era preciso cállate antes, pero has dicho ya demasiado. ¡Acaba de confesarte, viejo papamoscas!.. ¡Hola! Parece que no dices nada; sin duda te parece ahora duro. Es como los burros cuando tiran del arado; al principio va bien, y después, si uno se apoya en el instrumento, sienten frío en el lomo, y ya no tiran... ¡Ah! A ti te parece que has dicho bastante... Pues bien: espera un poco, y verás cómo acabó de contar la historia.

— Cálmese usted, señora Chantavoine, dijo Santiago, pues va usted á ponerse peor contándome sus asuntos, que en definitiva no me conciernen.

— ¡No, no, déjeme usted hablar; era preciso que él no hubiera comenzado!.. Pues hete aquí á mi Chantavoine que se va después de haber firmado su papel como si tal cosa, dando todos sus bienes á nuestra hija; mas el yerno, comprenda usted, no ha-

bía querido que se firmase escritura alguna, y sólo había dicho: «Sí, padre Chantavoine, yo le pagaré á usted el alquiler todos los años el día de San Juan, y puede usted contar con él.» ¡Y el imbécil de mi esposo ha creído, sí, ha creído que se podía dar dinero sin estar obligado á ello! ¡Ah, qué desgracia! ¡Si será tonto, si será!.. Bien ha visto, por el día de San Juan, de qué modo ha pagado Muterel su alquiler, diciendo: «Nada le debo á usted; nada hay escrito; no digo que no le daré algo; pero no porque le deba.» Entonces Chantavoine se ha enfadado; pero dígame usted de qué servía eso. Entonces quiso poner remedio á lo hecho. Mejor hubiera sido no incomodarse; pero cuando se ha de hacer un disparate, esté usted seguro, lo hará. Y he aquí por qué nos hemos quedado sin nada, sin nada más que esta granja; de Muterel son ahora nuestros diez acres de tierra de la Brosse; suyos nuestros prados del molino de Berneville, y las cuarenta fanegas de Grosse-Epine que yo había heredado de mi difunto padre, y todo nuestro bosque de la Souche, y nuestra casa en el pueblo. En fin, le digo á usted que todo... Y el año último, cuando fué preciso pagar al propietario, á su padre de usted, como la cosecha había sido mala, mi marido fué á buscar á su ladrón y yerno para que le ayudase. ¡Ah, ya, ya! Le contestó: «La culpa es de usted, porque cultiva demasiado á la antigua. Mire usted mis tierras, y vea si no tienen cosecha. Pero yo sé cómo se ha de hacer: se necesitan nitratos, superfosfatos salubres en el agua; y además no sé cuántos guanos,» según él dijo á ése para burlarse de él. Y como después de esto mi estúpido marido siguiera pidiéndole dinero, el otro le contestó: «No puedo, pues ya he colocado mis ahorros del año. No digo que no haré algo por ustedes el año que viene; mas por ahora, procure arreglarse como pueda.» En su consecuencia, hemos vendido una parte de nuestro ganado para pagar á usted; mas ahora, esa granizada todo lo ha destruído. ¿Qué será de nosotros? ¡Vamos á quedar reducidos á la nada! ¡Y pensar que todo esto se debe á un disparate, un disparate, un disparate!

Sin aliento, sofocada, la madre Chantavoine se había recostado en el sillón; después sus brazos se agitaron en el aire, y luego permaneció inmóvil, con la boca torcida y los ojos en blanco. Chantavoine se había dejado caer en un sitial como agobiado, y habiéndole mostrado Santiago á la buena mujer, desfallecida, contestó con aire de cansancio:

— ¡Ah, sí, es que vuelve á repetirse el ataque! ¡Y Juanita no está aquí!

— ¿Quiere usted que la busque?

— Es usted muy bueno, y dispense la molestia. Es preciso que demos algo que oler á la enferma.

Y mientras el vizconde se lanzaba hacia el patio, Chantavoine sacó de una alacena un frasquito de vinagre, y sentándose junto á su esposa, acercóselo á su nariz.

Santiago encontró á Juanita en el establo, disponiéndose á dar el pienso á la *Corza*, encontrada felizmente. La joven corrió á la casa; Santiago llamó á su lacayo, ordenóle que enganchase, y encendiendo un cigarrillo comenzó á pasear por el patio.

La lluvia había cesado; de la campiña húmeda elevábase un olor fresco y balsámico; en el aire, de una pureza y transparencia extraordinarias, el sol brillaba en todo su esplendor; y á lo lejos, la nube tempestuosa huía como un mal sueño, y se oía cada vez más lejano el fragor del trueno.

Santiago de Berneville era, como muchos jóvenes, de carácter superficial, ligero y bastante egoísta, pero no malo en el fondo. El dolor de aquella buena gente al ver sus cosechas devastadas le había conmovido y sus confidencias habíanle trastornado, recordándole ciertas historias que ya en diversas ocasiones habían circulado por el país y que su padre le había referido, relativas á padres ancianos despojados en vida y reducidos á la miseria por su ciego amor á los hijos. «Ahora comprendo, se decía, la desesperación de Chantavoine y el furor de su mujer. Se han entregado á Muterel atados de pies y manos, y él les hará pagar muy cara la confianza que le han manifestado. He aquí por qué Chantavoine se ha estremecido cuando le pregunté si estaba asegurado contra el granizo. ¿Asegurado? ¡Pobre hombre, esperaba que no granizase! Sin duda se ha dicho: «He salido del apuro el año último; pero no me queda ya de dinero. Una buena cosecha me salvará tal vez...» ¿Por qué había de granizar? Pero así sucedió, y como no estaba asegurado, su última probabilidad de salvarse por sí solo se le escapó. Y ahora será necesario que vaya á ver á su yerno, el cual le dará una dura lección, reprendiéndole por no haber previsto el siniestro, y si no le deja en lucha con su ruina, le impondrá quién sabe qué condiciones... Verdaderamente la vida no es alegre para todo el mundo.

Esta última reflexión, despertada por un sentimien-

to de piedad sincera, movió naturalmente el ánimo del vizconde á comparar su existencia con la de los Chantavoine, lo cual le devolvió un poco la serenidad.

«¡Bah!, se dijo, será necesario que mi padre saque de apuros á esos pobres viejos..., sobre todo si Chantavoine se porta bien en la elección.»

La yegua estaba enganchada ya, y el lacayo esperaba inmóvil delante de la puerta. Santiago volvió á entrar para despedirse y preguntar por la enferma. La sala estaba vacía, pero la puerta que comunicaba con el aposento contiguo estaba entornada; acercóse á ella y dió unos golpecitos, mas como nadie contestara, entró.

La madre Chantavoine acababa de ser conducida á su lecho por su esposo y Juanita. La parálisis había cesado en parte, pero en cambio habíase presentado el delirio; la lengua estaba muy suelta, mas el cerebro permanecía como petrificado. La enferma divagaba, pronunciando con volubilidad pastosa una serie de palabras ininteligibles, acompañadas de fuertes estremecimientos, sobresaltos convulsivos y gritos.

Al ruido que hizo Santiago empujando la puerta, Chantavoine volvió la cabeza y dirigióse á él; mientras Juanita permaneció junto á su tía.

— Jamás la he visto así, dijo con voz triste. De ordinario recobra el sentido más pronto; además me parece que observo en ella un cambio...

— ¿Quiere usted que avise al médico? Voy á Varenchies...

Juanita se estremeció.

— Es que..., dijo.

— ¿Qué?

— Que es el doctor Tranchebize.

— Es verdad, dijo Chantavoine; á mí tanto me daba él como otro; pero ya sabe usted que Muterel y Tranchebize son muy amigos, y por lo tanto...

— No se trata de eso, dijo Santiago; en menos de una hora el Sr. Tranchebize estará avisado.

Y salió, siguiéndole Juanita al patio.

— Sr. Santiago, dijo la joven, mi tía se muere.

— Mucho lo temo, pobre Juanita.

— Yo quisiera, sin embargo, que no se muriera así. Si no le molestase demasiado, ya que va usted á llamar al médico, podría usted decir también al señor cura que viniese.

— Lo haré así, tiene usted razón; volveré á pasar por Berneville para avisar al cura.

En aquel momento una idea cruzó por su mente é hizo sonreír.

— ¡Diablo!, exclamó. ¿Qué sucederá si Tranchebize y el cura se encuentran en la granja?

— ¡Oh, no se inquiete usted por eso, Sr. Santiago!, repuso vivamente Juanita. Por lo pronto nos arreglaremos para que no se vean, y además, esto no le importa al médico. Mi tío Juan no está mal con el señor cura; no piensa en él, ni mi tía tampoco, pero se alegran de que venga. Se le dirá al médico que se cuide de sus asuntos si dice algo en contra. Solamente que si por casualidad el Sr. Muterel...

— Es verdad que también tenemos á esos. ¿Será necesario avisarlos?

Y como Juanita vacilase en contestar, añadió:

— Me parece que no se puede prescindir de ellos, pues no dejarán de saber que hemos ido á buscar á su amigo Tranchebize, y además es preciso que yo les haga una visita. ¿Cómo no decírselo?

— Bueno, replicó Juanita, dígales usted lo que quiera. Hace hoy demasiada humedad para que ellos se molesten, y no vendrán antes de mañana; pero si habla usted del cura al Sr. Muterel, será capaz de darnos un mal rato...

— Esté usted tranquila; seré discreto sobre este punto. Adiós, Juanita.

El vizconde tenía ya el pie en el estribo de su coche, cuando recordó otra cosa.

— A propósito, dijo, dos palabras. El temporal, el granizo y por último el estado de su tía de usted me han impedido hablar á Chantavoine del principal objeto de mi visita, es decir, de mi elección. Supongo que podré contar con él. ¿No es verdad?

Juanita se detuvo en el umbral de la puerta, ruborizóse y comenzó á doblar la punta de su delantal con cierta confusión.

— ¡Cómo!, dijo el vizconde. ¿No me contesta usted?

— ¡Ah, Sr. Santiago!, ¿quién sabe cómo concluirá todo esto? Bien quisiera decirle á usted que sí, y me contrasta no estar segura. Sé que mi tío Juan siente más simpatías por usted que por el médico; pero el otro...

— ¿Qué otro?, preguntó Santiago sin poder disimular su irritación.

— Pues el Sr. Muterel... Si está contra usted, ¿qué ha de hacer mi tío? Por eso no se le ha de tener ojeriza, Sr. Santiago, pues ya sabe usted que en el día de hoy no somos dueños de nuestra voluntad.

(Continuará)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ESPAÑOL. - Hemos recibido el último número de esta importante publicación que con autorización oficial del ministerio de Fomento publica en Madrid D. Miguel Almonacid y Cuenca: como todos los anteriores, contiene los más completos datos sobre la actual bibliografía española.

LA NUEVA CIENCIA GEOMÉTRICA, por D. José Fola. - Libro es este que ha dado ya lugar á algunas discusiones y que indudablemente ha de originar aún muchas más, justificadas por la índole de la obra. No podemos en esta sección ocuparnos extensamente de ésta, por lo cual nos limitaremos á decir que supone una transformación radical en la ciencia geométrica, y que su autor pretende, por medio de la original evolución del círculo y la supresión del infinito geométrico, resolver de un modo sencillo y categórico problemas que, como la cuadratura del círculo, la trisección del ángulo y otros, se habían considerado hasta ahora como irresolubles. El libro, muy bien impreso y con multitud de grabados perfectamente ejecutados, ha sido editado en Barcelona por J. Romá, Sociedad en Comandita, y se vende lujosamente encuadernado á 20 pesetas.

MEMORIA ACERCA DEL ESTADO Y ADELANTOS DEL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE LA HABANA. - Notable trabajo presentado por el Ilmo. Sr. D. Miguel Díaz Alvarez, Alcalde municipal de la capital de Cuba; contiene datos interesantes y completos sobre la administración de aquel municipio, reunidos en un volumen de más de 300 páginas.

GEOGRAFÍA COMERCIAL DE LA AMÉRICA DEL SUR, por Carlos B. Cisneros y Rómulo E. García. - La segunda entrega de esta obra, cuyo interés se comprende con sólo leer su título, está dedicada á la República Argentina y comprende los datos más completos acerca de todo cuanto se refiere á la geografía comercial de aquel país. Con esta publicación, impresa en Lima en la tipografía de la Escuela de Ingenieros, los Sres. Cisneros y García, miembros de importantes sociedades geográficas, prestan un gran servicio á las repúblicas sudamericanas y al comercio en general, y adquieren un nuevo título al aplauso de los que por aquella ciencia se interesan.

LA REVISTA ILUSTRADA. - Los últimos números de esta revista que se publica en Santiago de Chile contienen notables artículos de J. Brull, E. Pardo Bazán, R. Vinci, C. Vero, J. L. Antuña, M. de los Ríos, G. Valledor, E. Rodríguez Mendoza, José S. Chocano, C. Palma y C. Guido Spano, y bonitos grabados, entre ellos varias reproducciones de obras artísticas.

FRASES CÉLEBRES, por M. Belisario Soto. - Con motivo del 76.º aniversario de la independencia del Perú, el escritor peruano Sr. Soto ha publicado un folleto con los episodios históricos que sirven de explicación á algunas frases célebres de San Martín, Córdova, Goyeneche y Bolognesi. Ha sido impreso en Arequipa, en la imprenta de La Bolsa.

MONITOR POPULAR. - Los últimos números de este semanario ilustrado limeño contienen artículos interesantes sobre sericultura, geografía y estadística del departamento de Apurímac, el tabaco, la adormidera, la telegrafía sin hilos, fotografía y otros, algunos con grabados.

SANATORIO QUIRÚRGICO MADRAZO. - Se ha publicado la estadística operatoria de este sanatorio quirúrgico fundado hace dos años por el Dr. D. Enrique D. Madrazo en Vega de Pas (Santander), y los datos en la misma consignados son el más elocuente testimonio de la pericia de su director y de la bondad de los procedimientos científicos que en tan notable establecimiento se siguen.

NOCIONES DE ORTOGRAFÍA CASTELLANA, por Antbal Echeverría y Reyes. - Opúsculo impreso en Santiago de Chile en el que se explica la ortografía que algunos denominan nacional y que se extiende considerablemente en la república chilena.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA MARCA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones (curados ó prevenidos). (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
Preparado especial para combatir con suceso
Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).
Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
La Cajita: 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados, Caspa y Caída del pelo. - Fricciones ligeras por la noche.
El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

TARIN, Farmacéutico de 1ª Clase, ex-Interno de los Hospitales
PARIS. - 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
Escribir en el rótulo a firma Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curada por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
El Mismo con IODURO DE POTASIO
Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.
GE. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

PILDORAS y JARABE de BLANCARD
con Ioduro de Hierro inalterable
CONTRA
la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
Exíjase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas
40, Rue Bonaparte, en Paris.
Precio: PILDORAS, 4 fr.; y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. WARR y C^{ia}, P^{os}, 102, R. Richelieu, Paris.

MÈRE DE CHANTILLY
ORLÈANS - FRANCE

UNGUENTO ROJO MÈRE
CURACION RÁPIDA y SEGURA DE LAS
Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
Infiltraciones y Derrames articulares
Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados benéficos se estenden á todos los animales.

BLACK MIXTURE MÈRE
BALSAMO CICATRIZANTE
Para toda clase de Heridas y Maturadas de los Animales.
EN TODAS LAS DROGUERIAS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

EL APIOL de los DRES JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

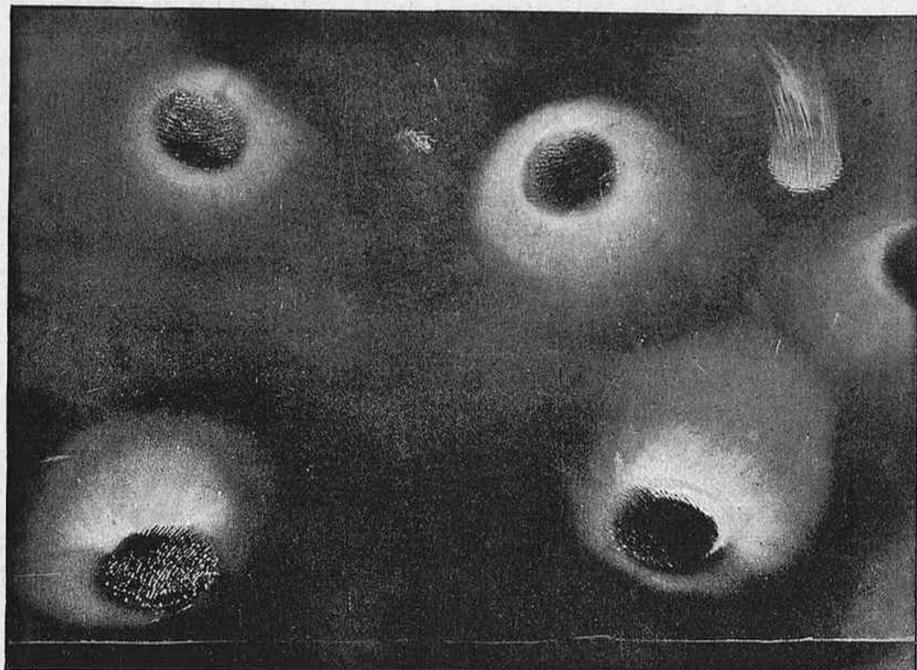


Fig. 1. - Fotografía directa de efluvios digitales

LOS EFLUVIOS DIGITALES

Uno de los más sabios individuos de la Academia de Medicina de París, el Dr. Luijs, ha expuesto recientemente ante la Sociedad de Biología el resultado de sus investigaciones sobre la fijación fotográfica de los efluvios humanos, presentando fotografías de los que se desprenden de los dedos de un adulto. Para obtenerlas, el Dr. Luijs y su colaborador M. David se han encerrado con el sujeto en un laboratorio totalmente privado de luz y colocado la mano que debía servir para el experimento en un baño de hidroquinono, aplicando la cara palmar

mientos ordinarios, ha proporcionado unas pruebas tan curiosas como instructivas, cuya reproducción publicamos en esta página. En ellas se ven perfectamente las yemas de los dedos con los efluvios que se desprenden alrededor de los dedos como una especie de penacho. En el ángulo derecho superior de la figura 1 se ve un pedazo de epidermis desprendida que flota en el baño y que emite efluvios directamente. Todos los puntitos blancos que se ven en el fondo negro de la prueba representan polvillos de efluvios que flotan en el baño de hidroquinono. Lo propio que con los dedos ha hecho el Dr. Luijs con las orejas y los ojos, habiendo conseguido fijar fielmente las



Fig. 2. - Fotografía de efluvios digitales al través de una placa de cristal

de los dedos sobre una placa al gelatino-bromuro de plata, con una *pose* de 15 á 20 minutos. Esta placa, tratada por los procedi-

impresiones sentidas en las placas influidas á distancia. Gracias á estos nuevos estudios se explicarán varios fenómenos que de antiguo se conocían como concepciones sugestivas, porque no se tenía una demostración objetiva de su realidad. Para responder á ciertas objeciones de los que decían que la impresión producida sobre la placa podía ser simplemente resultado de la aposición directa de los dedos, el Dr. Luijs ha aislado á las primeras y dos menos desarrolladas, pero no menos convincentes. Alentado por este éxito, ha obtenido la prueba reproducida en la figura 2, en la cual los dedos estaban colocados sobre la cara lisa de la placa. Entre los beneficios que puede reportar el descubrimiento del Dr. Luijs, merece especial mención el de que gracias á él podrá saberse con certeza si una persona está realmente muerta ó si la muerte es sólo aparente.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HONOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS

UNGÜENTO ROJO MÉRÉ
 DE CHANTILLY
CURACIÓN SIN TRAZAS
 DE LAS ENFERMEDADES DE LAS
PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los
 fujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento,
 las enfermedades del pecho y de los intestinos,
 los espantos de sangre, los catarros,
 la disentería, etc. Da nueva vida á la sangre y
 entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP,
 médico de los hospitales de París, ha comprobado
 las propiedades curativas del Agua de Léchelle
 en varios casos de fujos uterinos y hemorragias
 en la hemotisis tuberculosa. -
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS:
I - CARNE - QUINA
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de
 los Intestinos, Convalecencias, Continuación de
 Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II - CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda,
 Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias
 y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito
 é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CE. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES
DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^{ie} B^{is} St-Denis 48

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo
 necesitan. No temen el asco ni el cau-
 sancio, porque, contra lo que sucede con
 los demas purgantes, este no obra bien
 sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café,
 el té. Cada cual escoge, para purgarse, la
 hora y la comida que mas le convienen,
 segun sus ocupaciones. Como el causan-
 cio que la purga ocasiona queda com-
 pletamente anulado por el efecto de la
 buena alimentacion empleada, uno
 se decide fácilmente á volver
 á empezar cuantas veces
 sea necesario.

CARRERAS-CAZA
EMBROCCACIÓN MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

NUEVOS PERFUMES
 para el pañuelo
 de **RIGAUD y C^{ia}**
VIOLETA BLANCA
 Perfumes de Birmania.
 Flores de Auvernia.
 Luis XV. - Lucrecia.
 Ascanio. - Ylang Ylang.
 Graciosa. - Rosina.
 Melati de China.
 Lilas de Persia.
JABONES y POLVOS de ARROZ á los MISMOS OLORES
 8, rue Vivienne, á PARIS



PAPEL WLINS
 Soberano remedio para rápida cura-
 ción de las Afecciones del pecho,
 Catarros, Mal de garganta, Bron-
 quitis, Resfriados, Romadizos,
 de los Reumatismos, Dolores,
 Lumbagos, etc., 30 años del mejor
 éxito atestiguan la eficacia de este
 poderoso derivativo recomendado por
 los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1807 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.